



v14, n2, 2017
Maio-Agosto
Dossiê Biopolítica

**LA GUBERNAMENTALIDAD SOCIALISTA “HAY QUE INVENTARLA”:
BIOPOLÍTICA, SEGURIDAD Y NEOLIBERALISMO
[THE SOCIALIST GOVERNMENTALITY “MUST BE INVENTED”:
BIOPOLITICS, SECURITY AND NEOLIBERALISM]**

Ester Jordana

Profesora de la Universidad de Barcelona, España
Bau, Centro Universitario de Diseño
E-mail: esterjordana@gmail.com

RESUMEN ABSTRACT

Los análisis que Foucault realiza en torno a los mecanismos de seguridad, la biopolítica y el neoliberalismo distan de establecer una elaboración cerrada. Constituyen, más bien, una serie de investigaciones entrelazadas en que se ponían en juego distintas hipótesis y modos de aproximación a esas problemáticas. Sin embargo, el curso de El nacimiento de la biopolítica constituye una tentativa de articular esos vínculos en torno a las transformaciones de la gubernamentalidad contemporánea. Lejos de una defensa del neoliberalismo, lo que Foucault trata de mostrar es que éste constituye una nueva forma de gubernamentalidad que se estaba gestando en el presente y que, por tanto, era necesario analizar en su diferencia.

Foucault's analysis of the mechanisms of security, biopolitics and neoliberalism is far from forming a closed research. They are a series of interconnected investigations where different hypotheses and approaches are developed. However, the course of The birth of biopolitics is an attempt to articulate these series around the transformations of contemporary governmentality. Far from supporting neoliberalism – as it has been said- what Foucault tries to show is that constitutes a new form of governmentality that was being developed in the present and that, therefore, it was necessary to analyze in its difference.

PALABRAS CHAVE KEYWORDS

Neoliberalismo; Biopolítica;
Seguridad; gubernamentalidad

Neoliberalism; Biopolitics;
Security; Governmentality

Todo lector de Foucault sabe cuán endiabladamente complicado resulta a veces entrever, entre los largos y pormenorizados análisis históricos que realiza en sus investigaciones, cuál es el gesto que vehiculan. La dificultad de intentar desentrañar no qué dice el texto, sino qué “hace”: qué combate, qué desplaza, qué nos insta a “pensar de otro modo”. Su particular forma de provocar, a través de esos recorridos, un “efecto de pensamiento” confía muchas veces en que esas historias produzcan una alteración en los modos de pensarnos y explicarnos a nosotros mismos. Intentan hacernos percibir de otro modo aquello que, estando ante de nosotros, no vislumbramos de modo problemático al tenerlo encasillado en el campo de lo obvio, lo evidente o, incluso lo “natural”. En efecto, la mayoría de las veces, lo que agrupa las investigaciones desplegadas en libros o cursos es, justamente, una especie de recorrido que acompaña a contrapelo los argumentos o premisas que acostumbramos a sostener como si fuesen un lugar común, a saber, “la prisión intenta rehabilitar a los presos”, “Grecia era una cultura sexualmente más tolerante que la cristiana”, etc. La voluntad de zarandear muchas de esas evidencias, en el seno de las que configuramos las formas y límites de nuestra experiencia, estructura el modo en que el problema es definido y elaborado. Por tanto, para desesperación de aquellos que buscan entre sus palabras una “tesis” de aquello que se defiende, el gesto de pensamiento se halla en la elaboración misma del recorrido: de nuevo, no tanto en lo que “dice”, sino en lo que “hace” el discurso. Tomándose en serio su propia elaboración teórica se trata de que éste funcione como un “acontecimiento”, de “hacer cosas con palabras” (Austin, 1990). Si Foucault decía que le gustaría que sus libros fuesen como “bombas” (Foucault, 2006d, 1593) que, al explotar, generasen una experiencia de transformación en el presente al que se dirigen para luego desaparecer, podemos extender esa imagen para decir que sus investigaciones son un campo de minas que, en algunos casos, explotaron en el momento adecuado produciendo un efecto –y, por tanto, quizás haya que dejar atrás- y, en otros, están aún por explotar¹.

Por otro lado, esos análisis encarnan también multitud de combates y discusiones teóricas que se libran, de nuevo, en el seno del propio movimiento de pensamiento que articulan. Evitando el estéril campo de la confrontación polemista, Foucault deja al lector las pistas suficientes para que aquellos que quieran reseguirlas puedan recorrerlas. Ese particular modo de efectuar un ejercicio de pensamiento comporta que, para desesperación de los filósofos, esas referencias o debates no sean explicitados, para desesperación de los sociólogos, no se haga un estudio de campo lo suficientemente exhaustivo y, para desesperación de los historiadores, no se efectúen explicaciones o análisis causales, o se dé importancia a hechos o acontecimientos que, tomando un período histórico en su complejidad, resultarían más bien marginales.

Si nos permitimos estas reflexiones introductorias es porque los cursos de *Seguridad, Territorio, Población y El nacimiento de la biopolítica*, donde parecen establecerse las relaciones entre los conceptos de seguridad, biopolítica y neoliberalismo,

¹ Debemos esta bella reflexión a Ana Lanfranconi en una conversación en torno a si los dos últimos volúmenes de *Historia de la sexualidad* habían o no “explotado” aún.



conforman un dueto especialmente complejo de desentrañar por la gran cantidad de “gestos” que contienen. De ahí que su lectura haya resultado particularmente prolífica en tanto que, en función que se atiende a unos pasajes u otros, pueden extraerse conclusiones notoriamente dispares. La ingente cantidad de artículos y libros que han recorrido una y otra vez esos textos trillando cada uno de esos análisis dan buena prueba de ello. Si bien parte de su riqueza consiste en que esa pluralidad permite abrirlos en múltiples dimensiones, un análisis entrelazado permitirá observar algunos aspectos que se pierden cuando la escala de análisis se dirige hacia algunos aspectos más concretos. Nuestro objetivo es, pues, tratar de efectuar una suerte de lectura “heterológica” de los mismos, en sentido de mostrar de modo simultáneo los gestos que vehiculan, las discusiones y debates en que se insertan, las reformulaciones al propio trabajo que balbucean y, sobre todo, las preguntas que abren. Resituar las diferentes *problematizaciones* que los atraviesan puede contribuir, quizás, a aprehenderlas restituyendo su “efecto” conjunto².

En primer lugar, es necesario dar un paso atrás para aprehender el impulso general que anima esos análisis. Como ya ha sido señalado (Senellart en Foucault, 2006d, 422; Eribon, 2004, 320; Macey, 1995,146), esos cursos guardan una estrecha relación con la discusión política que generó en Francia la negación de petición de asilo de Klaus Croissant, el abogado del grupo terrorista Baader-Meinhof. Lo que al parecer había molestado a Foucault en el modo en que se argumentó y se protestó contra la persecución por parte del gobierno alemán de Klaus Croissant fue que ese gesto se identificó como una muestra más del carácter “fascista” del Estado Alemán. Foucault considerará que en el momento en que “fascista” se convierte un adjetivo válido para todo, perdemos capacidad de análisis para aprehender - y, por supuesto, combatir- el carácter distintivo y diferencial de nuestra realidad política. En efecto, una de las tesis que sostendrá Foucault en torno al *affaire* Croissant es que ese conflicto político daría cuenta de hasta qué punto, en nuestras sociedades, “la seguridad está por encima de la ley”. Pero la diatriba va más allá en tanto que, a menudo, esos argumentos que miran hacia el Estado como un “ente” que imparablemente buscaría su propia extensión y dominio lo hacen contraponiendo a ese Estado una “sociedad civil” que, si consiguiera deshacerse de sus tentáculos, alcanzaría, al fin, a autogobernarse y emanciparse. Pues bien, la respuesta de Foucault a través de esos dos cursos será señalar cómo esa crítica al Estado no deja de reforzar la respuesta neoliberal formulada como combate a ciertas políticas de postguerra. Son los liberales los que, trazando un *continuum* entre el Estado del Bienestar, el Plan Marshall y los planes dirigistas soviéticos o nacionalsocialistas van a formular la hipótesis de que, sea como sea, bajo el fascismo, el comunismo o la democracia, el rasgo común a todos ellos es el carácter interventor del Estado. Por tanto, los numerosos comentarios en torno al Estado que acompañan el curso de *El nacimiento de la biopolítica* parecen construir más bien una dilatada respuesta a esa controversia. A través de ellos, Foucault intentará exponer dos tesis: por un lado, que lo que caracteriza los Estados contemporáneos no es su aumento y

2 Este artículo debe su formulación a la rica discusión mantenida en el seno del grupo de investigación de Care.Net de la UOC coordinado por Daniel López, Nizaiá Cassián y Öznur Karakaş.



extensión sino su disminución; por otro, - y a través de un ejercicio genealógico mucho más complejo-, intentará mostrar cómo la noción de Estado y de sociedad civil se conforma en una misma matriz histórica.

En segundo lugar, es necesario trazar un arco entre el modo en que comienzan y acaban esos dos cursos. Al inicio de *Seguridad, Territorio, Población* Foucault efectúa todo un conjunto de distinciones analíticas tratando de aislar y mostrar cómo funcionan, a diferencia de los mecanismos jurídicos y disciplinarios, los mecanismos de seguridad. Si atendemos a los ejemplos que facilita, veremos que muchos de ellos, de hecho, apuntan hacia los análisis de que efectuará en el marco del neoliberalismo. Es decir, que aquello que hay que pensar como una “diferencia” del presente, aquello que arriesga a despistar nuestras luchas políticas cuando seguimos haciendo énfasis en la contraposición entre la sociedad civil y el Estado, se juega en el modo en que todo un conjunto de propuestas y elaboraciones -al tiempo políticas y económicas - efectuadas desde el neoliberalismo, configuran un nuevo modo de gobierno en “extensión”. Por tanto, otra de las hipótesis que atraviesa esos cursos es que para aprehender el modo en que esas lógicas se despliegan en las sociedades modernas hay que comprender y estudiar cómo funciona y qué racionalidad opera en esa apelación a la “seguridad” y el modo en que se constituye como una racionalidad de gobierno en relación a una biopolítica, que se inicia con el liberalismo pero que, en el seno del neoliberalismo, sufrirá una mutación fundamental. Trazando ese arco de largo alcance resulta muy difícil sostener que, en base a algunos fragmentos locales y parciales, Foucault manifieste simpatía³ alguna por esa nueva forma de gubernamentalidad en tanto que el modo en que el neoliberalismo encarna esas sociedades de seguridad es, justamente, lo que hay que mostrar. Volveremos sobre ello también.

En tercer lugar, dar un estatuto autónomo y propio a la racionalidad política liberal y neoliberal marca distancias con –digamos- una suerte de marxismo ortodoxo y el modo en que, desde ahí, se establece la relación entre economía y política. Por un lado, según la manida lógica de la base-superestructura se diría que el liberalismo no es más que la forma ideológica de pensamiento que se configura en el seno de unas relaciones de producción capitalistas, las mantiene y las defiende. O bien, matizando un poco más esta cuestión y otorgándole a la dimensión política un carácter autónomo (aun vinculado con las relaciones de producción) que se trata del modo de gobierno que vehicula una “dominación de clase” o su discurso “hegemónico”. Ahora bien, recorrer el liberalismo como

3 Véase el análisis de Jose Luís Moreno Pestaña, *Foucault y la política*. (Madrid: Tierra de nadie, 2011) o de modo mucho más contundente las tesis Geoffroy de Lagasnerie. *La dernière leçon de Michel Foucault: Sur le néolibéralisme, la théorie et la politique* (Paris: Fayard, 2012) o Daniel Zamora y Michael C. Behrent, eds. *Foucault and Neoliberalism*. (Cambridge: Polity, 2016). El libro de Moreno Pestaña fue reseñado en *Le Monde* por Serge Audier en «Foucault, la gauche et la politique», de José Luis Moreno Pestaña : critique politique des «foucaulâtres» y a su vez respondido por el autor en “Sur un compte rendu dans Le Monde ». El libro de Zamora tuvo varias respuestas en algunos blogs y artículos cuya véase por ejemplo Stuart Elden “Foucault and Neoliberalism – a few thoughts in response to the Zamora piece in Jacobin”; Mark Kelly “Foucault and Neoliberalism Today”; Colin Gordon “Foucault, neoliberalism etc.”o Emanuele Leonardi “Cronache da un eterno presente”. El libro de Lagasnerie fue respondido por Magnus Paulsen en « Foucault’s Flirt? Neoliberalism, the Left and the Welfare State; a Commentary on La dernière leçon de Michel Foucault and Critiquer Foucault”.



una racionalidad política no convierte esos análisis en una suerte de reverso idealista en base al cual ese ideario sería el creador y conformador de una determinada realidad histórica. Bien al contrario, se trata de mostrar cómo el modo de *problematizar* la relación entre economía y política se configura, justamente, a partir del modo en que todo un conjunto de tecnologías de gobierno configuraron materialmente ese “recorte” que define la sociedad civil y que el neoliberalismo tomará como objeto de regulación. Una mutación que, para Foucault, constituirá el rasgo característico la gubernamentalidad moderna. Y para efectuar esos análisis situará la emergencia de esa nueva gubernamentalidad partiendo de la hipótesis que tanto su configuración como sus crisis se hacen inteligibles a partir de observar cómo una particular tecnología de poder caracterizada por el gobierno de los hombres ha desplegado, en la historia de Occidente, todo un conjunto de transformaciones y crisis políticas cuyo largo despliegue atraviesa esos dos cursos. De nuevo, volveremos sobre ello.

En cuarto lugar, los análisis efectuados en los cursos de *Seguridad, Territorio, Población* y *El nacimiento de la biopolítica* configuran una suerte de “doble” por el lado de la gubernamentalidad, del despliegue y los interrogantes que, en el seno de la pregunta por el saber, se efectuaban en *Las palabras y las cosas*. En ellos, por un lado, Foucault trata de responder al modo en que se conforma políticamente la categoría de población que estará en la base de la emergencia de la biología, la economía y la filología (dando cuenta así de la “mutación” epistemológica detectada a finales del siglo XVIII) y de la cual el hombre sería la figura que, en el cruce de las mismas, habrían trazado las ciencias humanas. Por otro, si en *Las palabras y las cosas* el diagnóstico del presente se efectuaba mostrando cómo nuestro espacio epistémico empieza a situarse “más allá del hombre” (analizado en base a la literatura, el psicoanálisis o la etnografía), en el *Nacimiento de la biopolítica* se analiza ese mismo desplazamiento en el seno del neoliberalismo. Como veremos, la gubernamentalidad neoliberal realiza, en el terreno de la política, un análisis “no antropológico” que desplaza el modo en que las ciencias humanas funcionaban, de modo problemático, en el marco jurídico del Estado. Ahora bien, esas políticas “no antropológicas” atisban, como veremos, un nuevo modo de funcionamiento de la biopolítica.

Por último, la complejidad de esos cursos responde también a que se sitúan, dentro del permanente movimiento del pensamiento foucaultiano, un poco entre dos aguas. Constituyen, por un lado, un desplazamiento tanto respecto a algunas tesis como algunas metodologías de análisis utilizadas en las investigaciones anteriores hibridando problemas ya tratados con nuevas aproximaciones. Y, por otro, constituirán el prelude a la reformulación conceptual que se efectuará al inicio de *El gobierno de los vivos* donde la categoría de “gubernamentalidad” –en esos cursos concebida como una hipótesis histórica- tomará un carácter mucho más “técnico” que permitirá reformular el concepto de poder que había utilizado a lo largo de los años setenta. Ahora bien, es justamente esa reformulación de sus propias hipótesis la que permite dar cuenta de porqué Foucault elige determinados textos para hablar del neoliberalismo. A todas luces, si se tratase de una suerte de caracterización



general del mismo, si el objetivo fuese aprehenderlo y recorrerlo en toda la extensión de sus análisis, el puñado de textos que analiza resultaría insuficiente. Pero, como decíamos, Foucault procede por problemas. Los textos que elige Foucault son los que abordan, desde una perspectiva neoliberal, los mismos problemas que había investigado en los años anteriores para mostrar, justamente, cómo no solo hay un cambio de acento, sino un nuevo modo de gubernamentalidad en juego con capacidad -al menos teórica- para releer de otro modo todo un conjunto de antinomias en que se encallaba la gubernamentalidad liberal. Por tanto, la selección no es ni arbitraria ni gratuita. Una vez establecido esa suerte de mapa conjunto de problematizaciones vamos a acompañar de modo sucinto cada una de ellas dando cuenta de cómo aparecen y se despliegan a lo largo de esos dos cursos.

La minimización del Estado

Entorno a la *affaire Croissant* se configuran, como indicábamos, dos problematizaciones que Foucault tratará de pensar y analizar en esos cursos. En primer lugar, mostrar que, lejos de una suerte de refuerzo de la “estatización” de la gubernamentalidad, lo que caracteriza la gubernamentalidad del siglo XX es, más bien, la limitación del Estado de carácter administrativo desplegado en los siglos anteriores. Para Foucault, “por doquier se anuncia desde hace años y años una disminución efectiva del Estado, de la estatización y de la gubernamentalidad estatizante y estatizada” (Foucault, 2007c, 225). Una limitación que encontraría dos fórmulas totalmente distintas de ejercerse en términos de prácticas gubernamentales. Por un lado, la forma de la “gubernamentalidad de partido” configurada a finales del siglo XIX marcaría el modo en que, tanto el fascismo como el comunismo habrían ejercido sus formas de gobierno. Por otro, el liberalismo, a partir de constituir en torno a la economía política, la necesidad de limitar toda intervención “soberana” en el espacio económico. La cuestión será ver cómo el neoliberalismo modifica e inscribe su propia diferencia en esa gubernamentalidad liberal. De ahí que, como indicábamos, aquellos análisis políticos que se basan en una denuncia de una “extensión” del Estado funcionan a contra-pie impidiendo pensar el carácter singular y novedoso de las formas de gubernamentalidad contemporánea:

On peut effectivement dire ça. Il est certain que le mouvement de développement des États n'est pas dans leur rigidification de plus en plus grande, mais au contraire dans leur souplesse, dans leur possibilité d'avancée et de recul, dans leur élasticité : une élasticité des structures d'État qui permet même, dans certains points, ce qui peut apparaître comme des reculs de l'appareil d'État : l'atomisation des unités de production, une plus grande autonomie régionale, toutes choses qui paraissaient absolument à contre-pied du développement de l'État (Foucault, 2001d, 388).

El diagnóstico efectuado por el neoliberalismo tras la segunda guerra mundial



atribuye las causas de la crisis económica y política precedentes al “intervencionismo estatal” en las políticas económicas. Para los neoliberales, serán esas políticas directrices, sean de corte keynesiano, socialista, comunista o nacionalsocialista, las responsables de la esas crisis. Son los neoliberales –dirá Foucault- los que efectúan ese análisis totalizante del Estado –sea cual sea su política y forma- como una amenaza intrínseca al mercado y a la economía. De ahí que sus análisis, como veremos, estén dirigidos a modificar de modo sustancial la relación entre Estado y mercado que propugnaba el liberalismo. No basta con enunciar el *laissez faire*: hay que hacer del Estado un agente dinamizador de esas relaciones económicas. Y lo que alerta a Foucault es, si esos análisis – tanto los del neoliberalismo europeo como americano- no constituyen más bien una nueva forma de amenaza para la libertad que dicen producir, si no introducen “de modo subrepticio” tipos de intervención que son “tan comprometedores” como las políticas “intervencionistas” que dicen combatir:

[...] tanto en un caso como en otro, el elemento a partir del cual hicieron su análisis, lo que sirvió como punto de anclaje de su problema, es el siguiente: para evitar esa menor libertad que entrañaría el pasaje al socialismo, al fascismo, al nacionalsocialismo, se establecieron mecanismos de intervención económica. Ahora bien, esos mecanismos de intervención económica ¿no introducen precisamente, de manera subrepticia, tipos de intervención?, ¿no introducen modos de acción que son en sí mismos al menos tan comprometedores para la libertad como esas formas políticas visibles y manifiestas que se quiere evitar? (Foucault, 2007c, 91).

En segundo lugar, en torno al *affaire* Croissant, Foucault se dará cuenta de que la caracterización de esa nueva gubernamentalidad, ligada a las políticas neoliberales, comporta reformular sus propios análisis en torno a las sociedades disciplinarias para analizar en qué consiste y cómo se despliega una racionalidad política que se desplaza hacia las sociedades de seguridad. Una oscilación que, como veremos, no constituye, de entrada, una ruptura con ese principio general con que Foucault caracterizaba la gubernamentalidad moderna- a saber, el paso de un gobierno del *territorio* a un gobierno de la *población*- pero sí precipita cambios sustanciales en el modo en que va a concebirse y efectuarse esa biopolítica. De lo que se trata, es de explorar hasta qué punto, esas “sociedades en formación” pueden caracterizarse, como apuntábamos, como unas sociedades donde “la seguridad está por encima de la ley”:

Toute la campagne sur la sécurité publique doit être appuyée -pour être crédible et rentable politiquement par des mesures spectaculaires qui prouvent que le gouvernement peut agir vite et fort pardessus la légalité. Désormais, la sécurité est au-dessus des lois. Le pouvoir a voulu montrer que l'arsenal juridique est incapable de protéger les citoyens (Foucault, 2001d, 367).



En el seno de las sociedades securitarias, esa gestión de aquello que se considera peligroso se efectúa de un modo mucho más “sutil” en tanto que, si bien por un lado son mucho más tolerantes con todo un conjunto de comportamientos éstos serán permitidos bajo el cálculo relativo de su peligrosidad. Y esas sutilezas son las que hay que analizar, de ahí que la calificación de “totalitarismo” para analizar lo que sucede hoy sea totalmente inadecuada:

Les sociétés de sécurité qui sont en train de se mettre en place tolèrent, elles, toute une série de comportements différents, variés, à la limite déviants, antagonistes même les uns avec les autres; à condition, c'est vrai, que ceux-ci se trouvent dans une certaine enveloppe qui éliminera des choses, des gens, des comportements considérés comme accidentels et dangereux. Cette délimitation de l'“accident dangereux” appartient effectivement au pouvoir. Mais, dans cette enveloppe, il y a une marge de manœuvre et un pluralisme tolérés infiniment plus grands que dans les totalitarismes. C'est un pouvoir plus habile, plus subtil que celui du totalitarisme. Que la désignation du danger soit l'effet d'un pouvoir n'autorise pas à parler d'un pouvoir de type totalitaire. C'est un pouvoir de type nouveau. Le problème n'est pas de recoder les phénomènes actuels avec des vieux concepts historiques. Il faut désigner, dans ce qui se passe actuellement, ce qu'il y a de spécifique, s'adresser à cette spécificité et lutter contre elle, en essayant de l'analyser et de lui trouver les mots et les descriptions qui lui conviennent (Foucault, 2001d, 386).

Lo que está en juego en los análisis en torno al neoliberalismo es, pues, dar cuenta de cómo funcionan esas nuevas “formas de intervención” que serán leídas como un nuevo modo de gubernamentalidad que “conduce” a los sujetos a partir de estrategias muy distintas a las disciplinarias. Los análisis en torno al neoliberalismo configuran, como vemos, la tentativa de explicar cómo es una forma de gubernamentalidad que estaría en vías de extenderse. “El modelo alemán que se difunde, el modelo alemán que está en cuestión, el modelo alemán que forma parte de nuestra actualidad, que la estructura y la perfila en su recorte real, es la posibilidad de una gubernamentalidad neoliberal” (Foucault, 2007c, 226). Y si bien, señala, lo que se difunde en Europa es el modelo alemán, es el modelo americano el que permitirá aprehender cómo esos análisis se despliegan de modo mucho más radical (Foucault, 2007c, 248). A través de los mismos Foucault señalará cómo la nueva gubernamentalidad no puede aprehenderse bajo la perspectiva de que nos hallamos en una sociedad “uniformadora, de masas, de consumo, del espectáculo”, esa etapa – indica – “ya la hemos superado. Ya no estamos en ella” (Foucault, 2006d, 186). Las referencias enmascaradas en cada uno de esos adjetivos permiten dar cuenta del alcance de esa hipótesis. El desplazamiento de una sociedad que ya no funcionaría bajo la “forma mercancía” (ni su fetichismo, ni su cosificación, ni su alienación) sino bajo la “forma empresa” abre, para Foucault, un nuevo paradigma de análisis en tanto que, a través de esa nueva forma de gubernamentalidad, de lo que se trata es “de alcanzar una sociedad



ajustada no a la mercancía y su uniformidad, sino a la multiplicidad y la diferenciación de las empresas” (Foucault, 2007c, 187). Por tanto, ese desplazamiento es el que hay que analizar si se quiere efectuar una crítica de las nuevas formas de gubernamentalidad contemporánea.

Disciplina y seguridad

A principios de los años setenta, en el seno de las investigaciones que darían lugar a la publicación de *Vigilar y castigar*, Foucault trataba de reformular una noción del concepto de poder que permitiese dar cuenta de todo un conjunto de estrategias y prácticas transversales a distintos espacios institucionales. Al emprender los análisis en torno a la emergencia de la prisión en las sociedades modernas observaría cómo ésta había adoptado rasgos similares a los que había consignado en torno a la configuración de los hospitales y los asilos que había estudiado en *Historia de la locura* y *El nacimiento de la clínica*. Métodos de registro, de disposición de los cuerpos en el espacio, de regulación del tiempo y las tareas, tecnologías de clasificación de los individuos, estrategias de vigilancia continua asociadas a mecanismos correccionales... Todo un conjunto de prácticas transversales que permitían postular la hipótesis de que, lejos de las conceptualizaciones habituales del poder, esas prácticas constituían un modo particular de su ejercicio. Así, era necesario modificar la caracterización general del poder como “algo en posesión de algunos” que podría ser arrebatado, que estaría localizado en la vertical del Estado y se ejercería de modo negativo como una prohibición o como una represión. Esas tecnologías mostraban, por el contrario, cómo constituían una estrategia articulada destinada a vigilar, corregir y organizar esa multiplicidad de cuerpos haciéndolos funcionar de modo conjunto. Esas tecnologías serían caracterizadas por Foucault como un poder disciplinario que acompañaría la conformación de las sociedades capitalistas y, por tanto, permitiría aprehender las dinámicas de poder en nuestras sociedades. Las primeras formulaciones sistemáticas de esa hipótesis las encontramos en 1972 en el marco del curso titulado *La sociedad punitiva*:

Il me semble en effet que nous vivons dans une société à pouvoir disciplinaire, c'est-à-dire dotée d'appareils dont la forme est la séquestration, dont la finalité est la constitution d'une force de travail, et dont l'instrument est l'acquisition des disciplines ou des habitudes (Foucault, 2013, 240).

En 1978, sin embargo, Foucault enuncia un diagnóstico totalmente distinto. Señalaría que, por el contrario, nos encontrábamos en una “sociedad disciplinaria en crisis” donde esos mecanismos habrían perdido su eficacia:

J'ai examiné comment la discipline y a été développée, comment elle a



changé selon le développement de la société industrielle et l'augmentation de la population. La discipline, qui était si efficace pour maintenir le pouvoir, a perdu une partie de son efficacité. Dans les pays industrialisés, les disciplines entrent en crise (Foucault, 2001d, 532).

El arco que se traza entre uno y otro diagnóstico señala una modificación en el modo y forma de establecer esos análisis – producida, como indicábamos, en torno a 1977- donde Foucault reformulará algunas de sus hipótesis. En el marco de ese desplazamiento conceptual Foucault reformulará la distinción que, en 1976, había establecido entre disciplina y biopolítica. Foucault mantendrá la hipótesis a escala más general que había sostenido en relación a la formulación de la noción de poder según la cual, como indicábamos, las sociedades modernas se alejan de un gobierno del territorio a través de una tecnología básicamente jurídica para conformar una modalidad de gobierno donde la población se constituye en objeto político. Los mecanismos disciplinarios que habrían sido tecnologías adoptadas como parte de ese gobierno de la población en el seno del liberalismo retrocederían hoy por otros mecanismos de gubernamentalidad hacia los cuales apunta el neoliberalismo.

Al inicio del curso de *Seguridad, Territorio, Población*, Foucault se propone sentar las bases de toda una suerte de distinciones analíticas entre el ejercicio de gobierno a partir del marco jurídico, disciplinario y securitario bajo la hipótesis de que éstos permitirían caracterizar la “economía general de poder” que se estaría conformando en nuestras sociedades:

Entonces, y ése es el objeto de lo que me gustaría analizar, ¿podemos decir que en nuestras sociedades la economía general de poder está pasando a ser del orden de la seguridad? (Foucault, 2006d, 26)



A diferencia de los mecanismos *disciplinarios* que se caracterizaban, como indicábamos, por organizar una multiplicidad de cuerpos a través de toda una serie de técnicas de clasificación, examen, entrenamiento, etc. Foucault señalará que los mecanismos de *seguridad* se caracterizan por su carácter regulador. Estos mecanismos actúan en relación a determinados fenómenos atendiendo a sus relaciones y efectos conjuntos, incorporando su carácter aleatorio, operando a partir del cálculo de los efectos que unos producen en relación a otros, fijando los umbrales de lo que es tolerable o intolerable. Y en ellos, el medio, aparece como un campo de intervención capaz de modificar esas relaciones de conjunto:

Y el medio aparece por último como un campo de intervención donde, en vez de afectar a los individuos como un conjunto de sujetos de derecho

capaces de acciones voluntarias – así sucedía con la soberanía-, en vez de afectarlos como una multiplicidad de organismos, de cuerpos susceptibles de prestaciones, de prestaciones exigidas como en la disciplina, se tratará de afectar, precisamente, a una población (Foucault, 2006d, 41).

Ese trabajo sobre el medio era analizado también en términos económicos donde señalaba que, desde esa perspectiva, el análisis de “los mecanismos del mercado no es el mero análisis de lo que sucede. Es a la vez un análisis de lo que sucede y una programación de lo que debe suceder” (Foucault, 2006d, 61). En tercer lugar, Foucault atendía también a cómo la ley desempeña, desde ese marco, una función totalmente distinta a la que había desempeñado en el seno del marco de la soberanía o de la disciplina. En el paradigma securitario la ley va a ser pensada como un elemento más en esa lógica reguladora. Por último, en relación a los análisis en torno a la normalización que tanto había acompañado en los años setenta en relación a las tecnologías disciplinarias, Foucault señala ahora que conviene distinguir entre procesos de *normación* y de *normalización*, atendiendo a los distintos modos en que la norma funciona en uno y otro marco. Así como la norma funcionaría, en el seno de la disciplina, de modo prescriptivo, escandiendo la distinción entre lo normal y lo anormal, los procesos de normalización apuntarían más bien a “diferentes curvas de normalidad, y la operación de *normalización* consistirá en hacer interactuar esas diferentes atribuciones de normalidad y procurar que las más desfavorables se asimilen a las más favorables” (Foucault, 2006d, 83).

La hipótesis a explorar es, pues, ver si “se puede hablar realmente de una sociedad de seguridad” (Foucault, 2006d, 26) y tratar de aprehender cuáles serían sus rasgos característicos. Y cuando trata de ejemplificar dónde y cómo pueden observarse esos mecanismos señala el modo en que “hoy se organiza en torno de las nuevas formas de penalidad y el cálculo de sus costos; se trata de las técnicas norteamericanas, pero también europeas que encontramos en nuestros días” (Foucault, 2006d, 21). Por tanto, esa referencia nos permite situar la baliza que orienta esa tentativa de pensar “las sociedades securitarias” a través de los análisis que, un año después, se efectuarán en torno al neoliberalismo. Son esos análisis los que ejemplifican eso que se propone pensar en el curso, son esos análisis los que permiten dar cuenta del modo distintivo que toma la gubernamentalidad contemporánea, son esos análisis los que permiten reforzar la hipótesis de que la “sociedad disciplinaria está en crisis”. Son esos análisis, al fin, el punto de llegada de esa exploración.

Efectuando un análisis conjunto de la problemática que articulan entre sí los conceptos de biopolítica y seguridad podrá verse cómo lejos de mostrar sus simpatías hacia el neoliberalismo, como se ha afirmado en los últimos tiempos, Foucault estaba advirtiendo más bien cómo éste configuraba una nueva gubernamentalidad que era necesario analizar para efectuar una crítica del presente. Un análisis que, sin embargo, tan solo puede aprehenderse descentrando la mirada de esa suerte de contraposición que centra su atención en la relación entre la sociedad civil y el Estado. Para investigar el nudo



problemático que aúnan seguridad, biopolítica y neoliberalismo es necesario desplazar el análisis de modo que pueda aprehenderse la diferencia entre distintos modos y formas de Estado sin caer en la perspectiva totalizante del “monstruo frío”. Para ello, Foucault proponía efectuar una suerte de “paso lateral” postulando que el Estado puede analizarse a través de un estudio de la gubernamentalidad que permitirá señalar los “modos” de ser del Estado que vehiculan.

La gubernamentalidad y sus crisis

A partir de la cuarta clase del curso, Foucault modifica el tono analítico que había acompañado el inicio del curso para postular una hipótesis que trazaría un largo recorrido entre el renacimiento y el neoliberalismo a lo largo de ese mismo curso y el siguiente. La gubernamentalidad era definida allí del modo siguiente:

Con esta palabra, “gubernamentalidad”, aludo a tres cosas. Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, [y por otro] el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la “gubernamentalidad” como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se “gubernamentalizó” poco a poco. (Foucault, 2006d, 136).



La noción de gubernamentalidad aparece aquí definida, como vemos, en términos una tecnología de poder que tendría por objeto el gobierno de la población y que, distinguiéndose de la soberanía y la disciplina, permitiría trazar una hipótesis de largo alcance a lo largo de la historia de Occidente hasta llegar a configurarse como una técnica de gobierno estatal en el renacimiento. Acompañando esta hipótesis de largo alcance elaboraría una genealogía de esa práctica a partir de la pastoral cristiana en tanto que allí podríamos situar ese modo de gubernamentalidad entendida “como actividad que se propone conducir a los individuos a lo largo de toda su vida, poniéndolos bajo la autoridad de un guía responsable de lo que hacen y lo que les sucede” (Foucault, 2006d, 411). Siguiendo en este punto indicaciones tomadas de Paul Veyne (Foucault, 2006d, 411), Foucault toma como hipótesis de partida que la figura del “pastor” debe su entrada a Occidente a partir de la tradición hebrea y se habría desplegado en el seno del cristianismo en esa tecnología pastoral:

Ninguna civilización, ninguna sociedad fue más pastoral que las sociedades cristianas desde el final del mundo antiguo hasta el nacimiento del mundo moderno. Y creo que ese pastorado, ese poder pastoral, no puede asimilarse o confundirse con los procedimientos utilizados para someter a los hombres a una ley o un soberano. Tampoco puede asimilárselo a los métodos empleados para formar a los niños, los adolescentes y los jóvenes, ni a las recetas utilizadas para convencer a los hombres, persuadirlos, arrastrarlos más o menos contra su voluntad. En resumen, el pastorado no coincide ni con una política, ni con una pedagogía, ni con una retórica. Es algo enteramente diferente. Es un arte de gobernar a los hombres, y creo que por ahí debemos buscar el origen, el punto de formación y cristalización, el punto embrionario de esa gubernamentalidad cuya aparición en la política marca a fines del siglo XVI y durante los siglos XVII y XVIII, el umbral del Estado moderno. El Estado moderno nace cuando la gubernamentalidad se convierte efectivamente en una práctica política calculada y meditada. La pastoral cristiana es, a mi juicio, el trasfondo de ese proceso, habida cuenta de que hay, por una parte, una distancia inmensa entre el tema hebreo del pastor y la pastoral cristiana, y [que] habrá, claro, otra diferencia no menos importante, no menos amplia, entre el gobierno, la dirección pastoral de los individuos y las comunidades y el desarrollo de las artes de gobernar, la especificación de un campo de intervención política a partir de los siglos XVI y XVII (Foucault, 2006d, 193).

Esa hipótesis será modificada en los cursos siguientes cuando, al explorar en *El gobierno de los vivos* cómo se configura ese modo de “gobernar a los hombres” se tope al abrir esa vía de investigación con todo un conjunto de prácticas que, bien al contrario, el cristianismo retoma de la filosofía helenística. Por tanto, como tantas veces, sería necesario reescribir retrospectivamente algunos de esos análisis en base a los cambios que la investigación obliga a efectuar en las hipótesis de partida.

Más allá de eso, a partir de esa vía de exploración Foucault trazará un interesante recorrido no solo de esa suerte de despliegue progresivo de un modo de gobierno que se habría extendido de la pastoral al Estado, sino del el permanente juego de limitaciones a esa gubernamentalidad. Sin ánimo de recorrer de nuevo esos análisis, Foucault describirá cómo a esa pastoral se le oponen todo un conjunto de “contraconductas” en el seno del cristianismo que, cuando esas tecnologías de gobierno sean adoptadas por la Razón de Estado del siglo XVIII permitirán delinear los modos de oposición al mismo que se configuran a finales del siglo XVIII. Dicho sea de paso, una nota al pie en el manuscrito del curso (Foucault, 2006d, 408) apunta a cómo esos análisis efectuarían una particular respuesta histórica a aquellos que anudarían esos movimientos revolucionarios a la adopción política de cierta teleología cristiana. Bien al contrario, Foucault apostaría porque esos movimientos retoman las prácticas desplegadas en contra de ese modo de gubernamentalidad.

Foucault analiza cómo ese gobierno de “todos y cada uno” que caracteriza el poder pastoral se desplazará a la Razón de Estado a partir de una tecnología de gobierno que se organizará en torno a la *policía*. Una tecnología que, por un lado, efectuará esa suerte de recorte de la población que más tarde retomará, muy de otro modo el liberalismo. En el



seno de la Razón de Estado y bajo los principios mercantilistas el objetivo será gobernar esa población en los límites de un territorio. En el seno del liberalismo ese espacio se desdoblará en todo un conjunto de estrategias “positivas” que se organizarán en torno al derecho de las libertades y la economía y todo un conjunto de instrumentos “negativos” de control social que constituirán la función de la policía moderna:

La reglamentación del territorio y los súbditos que aún caracterizaba la policía del siglo XVII debe ser cuestionada, y ahora habrá, en cierto modo, un sistema doble. Por una parte, toda una serie de mecanismos correspondientes a la economía, a la gestión de la población, cuya función será, justamente, incrementar las fuerzas del Estado; por otra, un aparato o una cantidad determinada de instrumentos que van a asegurarla prohibición o la represión del desorden, las irregularidades, las ilegalidades, los diversos tipos de delincuencia (Foucault, 2006d, 404).

Y en el seno de esa estrategia general se juega, no solo la posibilidad de efectuar esa “genealogía” de la biopolítica entendida como el gobierno de la población sino mostrar, por un lado, cómo esa categoría se conforma materialmente a partir de las técnicas policiales del siglo XVII para transformarse en el seno de los análisis de la economía del finales del siglo XVIII. Esa categoría de población va a ser redefinida en el seno del liberalismo como la “sociedad civil” que se concebirá como un espacio que, frente al Estado, es definido como una naturalidad viva y dinámica que, desde esa nueva racionalidad gubernamental, deberá ser conocida y regulada:

La sociedad civil es lo que el pensamiento gubernamental, las nuevas formas de gubernamentalidad nacidas en el siglo XVIII, ponen de manifiesto como correlato necesario del Estado. ¿De qué debe ocuparse éste? ¿De qué debe hacerse cargo? ¿Qué debe conocer? ¿Que debe, si no reglamentar, al menos regular? O bien, ¿qué regulaciones naturales debe respetar? No las de una naturaleza en cierto modo primitiva, y tampoco las de una serie de sujetos indefinidamente sometidos a una voluntad soberana y dóciles a sus exigencias. El Estado tiene a su cargo una sociedad, una sociedad civil, y debe garantizar su gestión (Foucault, 2006d, 400).

Desde la óptica de la gubernamentalidad el liberalismo es analizado no como una teoría económica, sino como una estrategia que instaurará una nueva racionalidad política cuya característica será interrogarse siempre por el “demasiado” o el “demasiado poco” de su ejercicio y que necesitará dotarse de herramientas para calcular y medir la “utilidad” o el “interés general” de su acción. Foucault desarrolla de manera extensa todos esos pormenores históricos donde, como vemos, lo que está en juego en términos generales es dotar de autonomía a histórica a esa relación entre la laicización de una práctica de gobierno que pasaría de la pastoral al Estado y sus modos de limitación histórica. Lo que caracteriza

JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista “hay que inventarla”. p. 191-229.



al liberalismo analizado no como una doctrina económica sino como un “nuevo arte de gobernar” (Foucault, 2007c, 48) es el carácter autónomo y “natural” que este confiere al mercado y las relaciones económicas. El naturalismo caracterizado por un “naturalismo gubernamental” aparecería ya en la “concepción fisocrática del despotismo ilustrado” al enunciar, desde esa naturalidad de los fenómenos económicos el gobierno debe conocer y respetar esos mecanismos en base a la “evidencia” de ese principio de naturaleza. Foucault señala que, sin embargo, esas reflexiones pueden inscribirse en una concepción liberal. El liberalismo “no es tanto el imperativo de la libertad como la administración y la organización de las condiciones en que se puede ser libre”, se caracteriza –dirá- por “una relación de producción/destrucción [con] la libertad” (Foucault, 2007c, 84). Por tanto, no es que la libertad “aumente”, sino que será “producida” y “consumida” y “organizada”:

Más profundamente, es consumidora de libertad. Y lo es en la medida en que sólo puede funcionar si hay efectivamente una serie de libertades: libertad de mercado, libertad del vendedor y el comprador, libre ejercicio del derecho de propiedad, libertad de discusión, eventualmente libertad de expresión, etc. Por lo tanto, la nueva razón gubernamental tiene necesidad de libertad, el nuevo arte gubernamental consume libertad. Consume libertad: es decir que está obligado a producirla. Está obligado a producirla y está obligado a organizarla (Foucault, 2007c, 83).

El liberalismo, señala, despliega en su seno una “relación problemática, siempre diferente, siempre móvil entre la producción de la libertad y aquello que, al producirla, amenaza con limitarla y destruirla” (Foucault, 2007c, 84). Y para ello será necesaria una gran cantidad de legislación e intervención gubernamental: La libertad de comercio debe asentarse sobre aranceles, aduanas o impuestos que limiten cualquier posición de subordinación de un país respecto a otro. La libertad de mercado es posible solo si se limitan los monopolios, pero no solo eso, se asienta sobre la necesidad de sostener un cierto umbral de consumo mantenido, si es necesario, a partir de mecanismos asistenciales. Para que haya un mercado de trabajo es necesario mantener el equilibrio entre una masa cualificada de trabajadores y la limitación se “armas políticas para que no puedan ejercer presión sobre el mercado laboral” (Foucault, 2007c, 85). Y el principio de cálculo que servirá de marco a ese “costo de producción de la libertad”, señala Foucault (2007c, 85), “es lo que llamamos seguridad”:

[...] el liberalismo, el arte liberal de gobernar, se verá forzado determinar con exactitud en qué medida y hasta qué punto el interés individual, los diferentes intereses, individuales en cuanto divergen unos de otros y eventual mente se oponen, no constituyen un peligro para el interés de todos. Problema de seguridad: proteger el interés colectivo contra los intereses individuales. A la inversa, lo mismo: habrá que proteger los intereses individuales contra todo lo que pueda aparecer, en relación con ellos, como una intrusión procedente



del interés colectivo (Foucault, 2007c, 85).

A partir de esos análisis pueden situarse todos los estudios efectuados en torno al desarrollo de las tecnologías disciplinarias que Foucault había estudiado a principios de los años setenta y constituían el eje vertebrador de *Vigilar y Castigar*. Una “formidable extensión de los procedimientos de control, coacción y coerción que van a constituir la contrapartida y el contrapeso de las libertades” (Foucault, 2007c, 87). Las técnicas disciplinarias “se hacen cargo del comportamiento de los individuos diariamente y hasta en el más fino de los detalles son exactamente contemporáneas, en su desarrollo, en su explosión, en su diseminación a través de la sociedad, de la era de las libertades” (Foucault, 2007c, 87). El panóptico de Bentham configura, para Foucault “una fórmula política general que caracteriza un tipo de gobierno” (Foucault, 2007c, 89). Es el emblema de la relación entre seguridad y libertad: se trata de desplegar un sistema de vigilancia de los individuos de modo que pueda intervenir tan solo cuando sea necesario al tiempo que se organizan mecanismos de ajuste permanente de modo que aumente su productividad. A partir de esos rasgos generales podemos ver cómo Foucault intenta desgranar de modo autónomo a la historia del capitalismo y sus crisis, esa relación entre la gubernamentalidad liberal y su crisis a lo largo de la historia del siglo XIX para llegar al siglo XX. Sin ánimo de repetir aquí los exhaustivos análisis que Foucault desarrolla en el curso, vamos a sintetizar sus momentos principales.

En sus estudios anteriores, Foucault había constatado algunos fenómenos surgidos entre finales del siglo XVIII y principios del XIX sobre los que no dejó de interrogarse a través de distintas aproximaciones. Por tanto, constituye uno de esos fenómenos que, como tantos, forman parte de la “espiral” – como señala Frédéric Gros (en Foucault, 2005, 410) - sobre los que vuelve una y otra vez tratando de comprender su emergencia y su singularidad. En primer lugar, la emergencia de toda una suerte de “literatura” sobre el crimen y la criminalidad acompañadas de una alerta social en torno a ciertos crímenes. Este fenómeno aparecía consignado en *Historia de la locura* y retomado también en el prólogo al libro (que nunca llegó a publicarse como tal) de *La vida de los hombres infames* (Foucault, 2001d, 237), por señalar dos puntos dispares. En segundo lugar, otro de esos fenómenos que no ha dejado de atender es la intensa preocupación por la “degeneración” biológica que aparece en el siglo XIX y cómo va acompañada de todo un conjunto de campañas en torno a la higiene pública, el control de la sexualidad, la aparición de una medicina social, fenómenos que había tratado de desentrañar parcialmente en *Historia de la locura*, *El nacimiento de la clínica* y, de modo más entrelazado, en *Historia de la sexualidad*. En tercer lugar, la emergencia de todo un conjunto de prácticas en torno a los seguros, las cajas de ahorro y la prevención de la accidentalidad. Y de ahí también su interés por acompañar los efectos que esa relación introduce en el derecho. Como analiza en el texto de “El individuo peligroso” y más extensamente en 1981 en el curso de *Obrar mal decir la verdad*, la introducción de todos esos mecanismos disciplinarios iría de la mano de

JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista “hay que inventarla”. p. 191-229.



una necesidad de “desresponsabilizar” al sujeto jurídicamente.

Todos esos fenómenos serán anudados ahora bajo la hipótesis conjunta del vínculo de la relación política que el liberalismo establece entre libertad, peligro y seguridad. En el siglo XIX aparecerá toda una “cultura del peligro” que, para Foucault, constituye “la condición, el correlato psicológico y cultural interno del liberalismo” (Foucault, 2007c, 87). El liberalismo será caracterizado como el modo de racionalidad política que, necesitando “producir libertad” por un lado, debe también “producir seguridad” por otro en tanto que esa producción de libertad es a su vez una constante producción de “peligro”:

El liberalismo participa de un, mecanismo en el que tendrá que arbitrar a cada instante la libertad y la seguridad de los individuos alrededor de la noción de peligro.” [...] Puede decirse que, después de todo, la divisa del liberalismo es “vivir peligrosamente” [...] esto es, que los individuos se vean a perpetuidad en una situación de peligro o, mejor, estén condicionados a experimentar su situación, su vida, su presente, su futuro, como portadores de peligro. Y esa especie de estímulo del peligro va a ser, creo, una de las principales implicaciones del liberalismo (Foucault, 2007c, 87).

Por otro lado, esos desarrollos permitirán dar cuenta de cómo la conformación de ese nuevo “recorte” de la población habilitaría el espacio que permitiría el despliegue de la economía, la biología y la filología dando una respuesta, cuanto menos parcial, al porqué de las mutaciones epistemológicas detectadas en *Las palabras y las cosas*.

[...] quien quiera conocer el operador de transformación que posibilitó el paso de la historia natural a la biología, del análisis de las riquezas a la economía política y de la gramática general a la filología histórica, el operador que de ese modo inclinó todos esos sistemas, esos conjuntos de saberes hacía las ciencias de la vida, el trabajo y la producción, hacia las ciencias de las lenguas, deberá buscarlo por el lado*de la población. No en una forma consistente en decir: las clases dirigentes, al comprender por fin la importancia de la población, orientaron en esa dirección a los naturalistas que, de resultas, se convirtieron en biólogos, a los gramáticos que, de resultas, se transformaron en filólogos, y a los hacendistas que pasaron a ser economistas. No hay que hacerlo así, sino de la siguiente forma; un juego incesante entre las técnicas de poder y su objeto recortó poco a poco en lo real y como campo de realidad la población y sus fenómenos específicos. Y a partir de la constitución de la población como correlato de las técnicas de poder pudo constatarse la apertura de toda una serie de dominios de objetos para saberes posibles. Y a cambio, como esos saberes recortaban sin cesar nuevos objetos, la población pudo constituirse, prolongarse, mantenerse como correlato privilegiado de los mecanismos modernos de poder (Foucault, 2006d, 107).

Por tanto, ese nuevo “recorte de lo real” que configura la población permitirá



la emergencia de todo un conjunto de saberes que, a su vez, modificarán el modo de gubernamentalidad que actuará sobre esa misma población. La constitución de las ciencias humanas será posible a partir de configurar al hombre como “figura” de esa población en tanto que ser que vive, trabaja y habla. Y en el marco de esa emergencia de nuevos saberes, se desplegarán todo un nuevo de tecnologías de gobierno del hombre totalmente distintas a las desarrolladas en el seno de la razón de Estado.

Crisis del liberalismo, crisis del capitalismo

El acompañamiento histórico de esa nueva forma de gubernamentalidad y sus crisis permite efectuar un análisis que hace inteligible esas tensiones de modo autónomo a las crisis del capitalismo. Por tanto, desplegar una alternativa histórica al modo en que éstas se explicarían desde una perspectiva marxista:

Para resumir o concluir, me gustaría decir lo siguiente: si bien es cierto que el mundo contemporáneo, o, en fin, el mundo moderno desde el siglo XVIII, fue atravesado sin cesar por cierta cantidad de fenómenos que podemos llamar las crisis del capitalismo, ¿no podría decirse también que existieron las crisis del liberalismo, que no son, desde luego, independientes de esas crisis del capitalismo? (Foucault, 2007c, 92).

Tratando de acompañar y explorar esa diferencia, Foucault señala que las *crisis del liberalismo* y las *crisis del capitalismo* aparecen en algunas ocasiones conectadas, pero en otras ocasiones “cronológicamente desfasadas”, de modo que no puede decirse que “la crisis del liberalismo no es simplemente la proyección lisa y llana, la proyección directa de esas crisis del capitalismo en la esfera de la política” (Foucault, 2007c, 92). Y Foucault señalará que tanto la década de los años 30 como “actualmente” constituyen dos ejemplos de ese desfase:

Eso es entonces lo que trataré de hacer este año, para lo cual, en cierto modo, tomaré las cosas retrospectivamente, es decir, a partir de la manera como, durante estos últimos treinta años, se postularon y formularon los elementos de esa crisis del dispositivo de gubernamentalidad, e [intentaré] recuperar entonces, en la historia del siglo XIX, algunos de los elementos que permiten esclarecer el modo como se experimenta, se vive, se practica y se formula actualmente la crisis del dispositivo de gubernamentalidad (Foucault, 2007c, 92).

Foucault señala como ejemplo cómo la crisis de los años 30 y el despliegue del Welfare State están vinculados a la necesidad de “garantizar y producir, en una situación peligrosa de desempleo, más libertad: libertad de trabajo, libertad de consumo, libertad

JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista “hay que inventarla”. p. 191-229.



política, etc. Todas las medidas desplegadas en los años cuarenta a partir del New Deal y la configuración del Estado del bienestar, analizadas desde la crisis de esa gubernamentalidad liberal, pueden leerse como la necesidad de garantizar ciertas libertades amenazadas por la crisis económica de los años treinta. Esas respuestas son las que serán señaladas por los neoliberales como un intervencionismo estatal al que tratarán de responder. Foucault señalará cómo, en ese contexto, “las libertades democráticas sólo se garantizan por medio de un intervencionismo económico denunciado como una amenaza para ellas” (Foucault, 2007c, 90). No se trata, pues, solo de control, a partir de ese control se produce un “plus de libertad”. Por tanto, ese “arte liberal de gobernar, en definitiva, introduce de por sí o es víctima del interior [de] lo que podríamos llamar crisis de gubernamentalidad” (Foucault, 2007c, 90). Esas crisis dirá Foucault “pueden deberse al aumento, por ejemplo, del costo económico del ejercicio de las libertades” (Foucault, 2007c, 90). Y en relación a las mismas insta a la audiencia a consultar los textos de la *Trilateral* donde puede verse cómo “se intentó proyectar en el plano económico del costo lo que habían constituido los efectos de la libertad política. Problema, por lo tanto, crisis, o si lo prefieren conciencia de crisis, a partir de la definición del costo económico del ejercicio de las libertades” (Foucault, 2007c, 90). Un buen ejemplo de ello es el siguiente alegato de la Trilateral a la necesaria correlación entre democracia y apatía:

El funcionamiento efectivo del sistema político democrático requiere con frecuencia de una cierta medida de apatía y de no-participación por parte de algunos individuos o grupos. En el pasado, cada sociedad democrática ha tenido una población marginal, más o menos importante numéricamente, que no participó activamente en la vida política. Esta marginalización de ciertos grupos es, en sí misma, antidemocrática por naturaleza, pero ha sido también uno de los factores que le han permitido funcionar efectivamente. Ahora, grupos marginados, los negros, por ejemplo, participan plenamente en el sistema político. Y el peligro reside en sobrecargar el sistema político de exigencias que amplían sus funciones y minan su autoridad (citado por García, 2013, 20).

Como vemos, la preocupación que muestran esos textos es que ese “exceso de libertad democrática” amenazaría a la propia política. Por otro lado, Foucault señalará como focos de esa crisis de gubernamentalidad los “mecanismos compensatorios de la libertad”. Y como ejemplos de los mismos alude a dos cosas: al modo en que la libertad de mercado va de la mano de toda una legislación antimonopolio que acaba experimentándose como coactiva y, en segundo lugar, a todos los casos de “revuelta, intolerancia disciplinaria” que no había dejado de acompañar en los movimientos antipsiquiátricos o anticarcelarios de los años setenta. Por tanto, el liberalismo está atravesado por la antinomia de una producción de libertad que acaba produciendo exactamente lo contrario:



[...] tenemos procesos de obstrucción que llevan a los mecanismos productores de la libertad, los mismos que se han invocado para asegurarla y fabricarla, a generar de hecho efectos destructivos que se imponen incluso a lo que producen. Ése es, si se quiere, el equívoco de todos esos dispositivos que podríamos calificar de “liberógenos”, todos esos dispositivos destinados a producir la libertad y que, llegado el caso, corren el riesgo de producir exactamente lo contrario (Foucault, 2007c, 91).

Esa descripción remite a lo que constituye “la crisis actual del liberalismo” que estaría en la base de esa necesidad oscilatoria que los neoliberales atribuirían, sin embargo, a la intervención “socializante” de las políticas del New Deal y el Welfare State. Las políticas keynesianas cuyos objetivos generales se enunciaban como la búsqueda del “pleno empleo, la estabilidad de los precios, el equilibrio de la balanza de pagos, el crecimiento del producto bruto interno, la distribución de los ingresos y las riquezas y la prestación de bienes sociales” (Foucault, 2007c, 230) son criticadas en base a su “intervencionismo”. Son los neoliberales los que aúnan la crítica al Estado como una suerte de patrón común de esas políticas.

[...] intentaron proponer fórmulas económicas y políticas que dieran garantías a los Estados contra el comunismo, el socialismo, el nacionalsocialismo, el fascismo, esos mecanismos, garantías de libertad, establecidos para producir ese plus de libertad o, en todo caso, para reaccionar ante las amenazas que pesaban sobre ella, fueron en su totalidad del orden de la intervención económica, es decir, de la obstrucción o, de un modo u otro, de la intervención coercitiva en el dominio de la práctica económica (Foucault, 2007c, 91).

Por tanto, a juicio de Foucault, “indujeron algo que podemos denominar crisis del liberalismo, y es esa crisis del liberalismo la que se manifiesta en una serie de nuevas evaluaciones, nuevas estimaciones, nuevos proyectos en el arte de gobernar” (Foucault, 2007c, 92). Ese nuevo proyecto, es el proyecto neoliberal. Foucault toma como referentes las críticas de Ropke y Hayek al *Plan Beveridge* en 1943. Para Ropke el *Plan Beveridge* comporta un incremento de la burocracia, los seguros sociales y la reglamentación y la regulación estatal. Para Hayek comporta aproximarse a las políticas alemanas previas a la primera guerra mundial (de las que haría derivar el nacionalsocialismo) que organizaron una economía dirigida y un sistema de planificación estatal. Así pues, la crisis de finales de los 60 era leía, en clave neoliberal, como el efecto de ese intervencionismo estatal y la búsqueda del pleno empleo y la asignación de bienes sociales. A esas políticas se atribuyó el desempleo y la inflación de los 70. La crisis de los años setenta constituirá, el “pretexto” económico que llevará a introducir las políticas neoliberales que se extenderán en Alemania, Francia y Estados Unidos intensificada tras la crisis del petróleo:



Las razones, los pretextos económicos, los incentivos económicos inmediatos fueron, desde luego, la crisis tal como se presentó o, para decirlo en líneas generales, la precrisis anterior a 1973, que se caracterizaba por un crecimiento constante del desempleo desde 1969, una caída del saldo acreedor de la balanza de pagos, una inflación creciente: todos esos signos que no indicaban, según los economistas, una situación de crisis keynesiana, es decir, de subconsumo, sino, en realidad, una crisis en el régimen de inversiones. En términos generales, se estimaba, por lo tanto, que la crisis se debía a errores en la política de inversiones, decisiones de inversión que no se habían racionalizado y programado lo suficiente (Foucault, 2007c, 231).

Frente a esos “errores de inversión”, las políticas liberales van a presentarse como “la única vía de solución” ante esa crisis a partir del principio general de fomentar una “economía de mercado” que rectifique las políticas dirigistas de los años cuarenta. Los neoliberales van a consignar que el objetivo de las políticas económicas deberá abandonar objetivos como el pleno empleo y restringirse a mantener la estabilidad de los precios y la balanza de pagos. Los neoliberales trazan, pues, una suerte de línea entre los estados comunistas y nacionalsocialistas y las políticas keynesianas tildando de “intervencionista” cualquier estrategia que implique al Estado en la regulación económica y social. Para ellos “el Estado tiene en sí mismo una dinámica propia por la que jamás puede detenerse en su ampliación y en su cobertura de la totalidad de la sociedad civil” (Foucault, 2007c, 221). Tal como expone en el curso:

Esta crítica del Estado polimorfo, omnipresente, todopoderoso, la encontramos en esos años, cuando para el liberalismo o el neoliberalismo, o, más precisamente aún, para el ordo-liberalismo alemán, se trataba a la vez de deslindarse de la crítica keynesiana, criticar las políticas, digamos, dirigistas e intervencionistas de tipo New Deal o Frente Popular, criticar la economía y la política nacionalsocialistas, criticar las decisiones políticas y económicas de la Unión Soviética y, para terminar y de manera general, criticar el socialismo. Allí, en ese clima y, si tomamos las cosas en su forma más restringida o casi más mezquina, en esa escuela neoliberal alemana, hallamos este análisis de los parentescos necesarios y de algún modo inevitables de las diferentes formas estatales y la idea de que el Estado tiene en sí mismo una dinámica propia por la que jamás puede detenerse en su ampliación y en su cobertura de la totalidad de la sociedad civil (Foucault, 2007c, 221).

Justamente en base a ese argumento, toda la diatriba que anima los análisis en torno al neoliberalismo es alertar de que, si se quiere analizar el presente, las nuevas formas de gubernamentalidad que se desarrollan en nuestras sociedades, hay que dejar de mirar solo al Estado, porque se está mirando en la dirección equivocada. De modo desafiante dirá que aquellos que centran su análisis crítico en el Estado, en su carácter “fascista” o “totalitario” más que efectuar una crítica del presente no hacen sino “seguir la JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista “hay que inventarla”. p. 191-229.



corriente” (Foucault, 2007c, 225) ¿por qué? porque invocar ese carácter intrínsecamente totalizante del Estado es, justamente, lo que ha hecho el neoliberalismo desde los años treinta. Por tanto, si queremos analizar las formas de gubernamentalidad contemporánea, si queremos analizar los modos en que el neoliberalismo articula un modo de “conducirnos” más allá del Estado, es necesario analizar cuáles son sus principios y estrategias.

Ahora bien, dirá Foucault, lo que está en juego en nuestra actualidad, señala Foucault, no es simplemente un juego oscilatorio entre liberalismo y dirigismo sino más bien la constitución de una política “enteramente neoliberal”:

Ahora bien, yo creo que lo que está en cuestión hoy, y aquello a lo que la crisis económica, tal como procuré definir muy brevemente sus aspectos, ha servido de pretexto, no se limita a ser una de esas oscilaciones en pos de un poco más de liberalismo contra un poco menos de dirigismo. De hecho, la cuestión pasa hoy, me parece, por la apuesta entera de una política que sea globalmente neoliberal [...] (Foucault, 2007c, 233).

Por tanto, como vemos, el movimiento que anima esos análisis es acompañar la relación entre gubernamentalidad y límite en sus distintas configuraciones históricas a lo largo de la historia. Esa forma de gubernamentalidad pastoral sería reapropiada por la razón de Estado en un gobierno territorial y transformada, en el seno del liberalismo, en una estrategia de gobierno de la sociedad modulada permanentemente.

La gubernamentalidad neoliberal

En términos generales podemos, pues, acompañar esa hipótesis de lectura: los análisis foucaultianos del neoliberalismo tratan de mostrar cómo éste configura una forma de gubernamentalidad que, partiendo de la crítica del Estado y su “intervencionismo” económico” introducen, sin embargo, de modo “subrepticio” – como señalaba Foucault– otros modos de intervención que, sin embargo, no pueden captarse si tan solo atendemos a la cuestión estatal.



Foucault estudiará el neoliberalismo en sus vertientes alemana, francesa y americana a través de distintos textos que, sin componer una suerte de programa unitario, despliegan distintos rasgos de esa nueva forma de gubernamentalidad en relación al modo que el liberalismo las había hecho. En el caso del liberalismo europeo, mucho más apegado al Estado se tratará de definir cómo organizar una “economía del mercado” en el seno del marco institucional vigente. En el caso del neoliberalismo americano, sin embargo, se tratará de extender esos principios de gubernamentalidad del mercado a la gubernamentalidad de la población. El neoliberalismo americano se despliega en una crisis mucho más profunda, a la vez económica y política y, a diferencia de Europa, tomará la forma de una suerte de “alternativa económico-política” que se extiende en el seno de la sociedad. Ahora bien,

como indicábamos, qué lee y cómo lo lee no es gratuito. Esos tres conjuntos configuran tres modos de desplegar cómo desde esa racionalidad neoliberal se precipita un tipo de análisis que refuerza ese desplazamiento de lo disciplinario a lo securitario y, por tanto, reinscribe todo un conjunto de antinomias de nuestra racionalidad política que Foucault no había dejado de señalar. El análisis del ordoliberalismo permitirá mostrar cómo el Estado Alemán contemporáneo efectúa una “minimización” del Estado en base a la reformulación de ese principio de “limitación” que había configurado el neoliberalismo. El caso francés y americano servirán para mostrar cómo en términos neoliberales se reformulará el modo en que concebir la relación con la “seguridad social” donde el Estado dejará de concebirse como garante de la “seguridad” para delegar en los propios individuos su cobertura. En tercer lugar, el caso americano permitirá mostrar cómo, de modo mucho más radical y, a partir de una teoría que modifica el modo de análisis de la antropología desplegada en el siglo XIX, permitirá reformular la relación entre crimen y penalidad. Cuestión que –recordemos– constituye el punto de llegada de la exploración de esas nuevas “sociedades securitarias” que había que pensar si trazamos un arco entre las primeras clases de *Seguridad, Territorio, Población* y las últimas clases de *El nacimiento de la biopolítica*.

En el marco de las críticas a esa “política estatista” planificada, el ordoliberalismo alemán postulará que el límite que el liberalismo establecía respecto al Estado (su *laissez faire*) es insuficiente. Dando un paso más allá se trata de “proponerse la libertad de mercado como principio organizador y regulador del Estado” (Foucault, 2007c, 149). Por tanto, lejos de una suerte de reformulación del liberalismo, el objetivo es ver, señala Foucault, “hasta dónde podrán extenderse los poderes políticos y sociales de información de la economía de mercado” (Foucault, 2007c, 150). El neoliberalismo se caracterizará, pues, por un activismo político en términos económicos cuya incidencia enmarcará no en el mercado mismo, sino en la creación permanente de unas condiciones de mercado óptimas en términos de fomentar la competencia. El objeto de gobierno será velar por fomentar un dinamismo social que vehicule esas relaciones. Se trata de generar, dirá Foucault, una “sociedad empresa”:

Esa multiplicación de la forma empresa dentro del cuerpo social constituye, creo el objetivo de la política neoliberal. Se trata de hacer del mercado, de la competencia, y por consiguiente de la empresa, lo que podríamos llamar el poder informante de la sociedad (Foucault, 2007c, 186).

Y junto a esa transformación se producirá una modificación del modo y forma que el Estado, las instituciones políticas y jurídicas se convocan en el marco de esa estrategia política. Se trata de que el Estado intervenga jurídicamente, no desde una lógica de intervención sobre la economía – eso es lo que se trata de combatir- sino como un agente que permita arbitrar en el seno de los conflictos que se producen a raíz de ese juego de competencia. Así pues, frente a las políticas que habían vehiculado el Estado del Bienestar, se tratará de formular como objetivos políticos, la creación de medianas empresas, el

acceso a la propiedad, la regulación del medio ambiente y la privatización de la cobertura social (Foucault, 2007c, 276). Por tanto, ya no se trata de una sociedad de “masas”, ni una sociedad “uniformizante”, ni “normalizadora”, sino de fomentar un juego diferencial que favorezca y anime esa competencia donde el derecho, como vemos, juega un papel de árbitro formal. Hayek señalará que, frente a esa intervención “planificada” es necesario formular una intervención “formal”, no en términos teleológicos, no fijando objetivos, sino velando por el mantenimiento de las reglas del juego. La fórmula que va a postularse es que “sólo podrá haber intervenciones legales del Estado en el orden económico si dichas intervenciones asumen la forma, y únicamente la forma, de la sanción de principios formales. No puede haber otra legislación económica que la formal” (Foucault, 2007c, 206). Se trata de efectuar el arbitraje entre los distintos agentes implicados en el desarrollo de esa sociedad empresa.

Si en el caso del ordoliberalismo, Foucault se interesaba por acompañar cómo éste reformulaba la relación entre Estado y Economía, en el caso del neoliberalismo francés Foucault se interesará, como indicábamos, por acompañar el modo en que se formula una nueva política social. De nuevo, frente al modelo del Estado del Bienestar, Giscard formulará la idea de una suerte de “impuesto negativo” (que retomó de Stoléru y Stoffaes) que determine el “umbral” a partir del cual se podrá asignar un subsidio a aquellos sujetos en “riesgo de exclusión” que lo necesiten. Por encima de ese “umbral” sin embargo, cada cual deberá proveerse de sus seguros, educación, sanidad, etc. Por tanto, dirá Foucault, en relación a aquellas políticas socialistas que atendían a la pobreza en términos absolutos, ahora se concebirá la misma en términos relativos “si se entiende la política socialista como una política en la que se intente mitigar los efectos de la pobreza relativa debida a una distancia entre los ingresos de los más ricos y los más pobres, es absolutamente evidente que la política implicada por el impuesto negativo es exactamente lo contrario de una política socialista” (Foucault, 2007c, 246). Esa población “será pues una especie de población flotante infra y supraliminar, población liminar que constituirá, para una economía que ha renunciado justamente al objetivo del pleno empleo, una reserva constante de mano de obra a la que llegado el caso se podrá recurrir, pero a la que también se podrá devolver a su estatus en caso de necesidad” (Foucault, 2007c, 247). Un umbral móvil que podrá subirse o bajarse a conveniencia según se quiera generar un efecto u otro. De ese modo, aquel “fondo de reserva” de parados al que Marx hacía alusión se convierte ahora, en una población permanentemente oscilante. La política del pleno empleo, queda así finiquitada.

Pero esto implica un caudal de población flotante, un caudal de población liminar, infra o supraliminar, en el que los mecanismos de seguros permitirán a cada uno subsistir de determinada manera y hacerlo de tal modo que siempre pueda ser candidato a un empleo posible, si las condiciones del mercado lo exigen. Es un sistema muy distinto del que utilizó el capitalismo del siglo XVIII o el siglo XIX para constituirse y desarrollarse, cuando tenía que vérselas con una población campesina que podía representar una reserva perpetua de mano de obra. Cuando la economía funciona como en nuestros días, cuando la población campesina ya no puede constituir esa



suerte de fondo perpetuo de mano de obra, es preciso constituirlo de una manera muy distinta. Y esa manera muy distinta es la de la población asistida, según una modalidad efectivamente muy liberal, mucho menos burocrática, mucho menos disciplinista que un sistema que estuviera centrado en el pleno empleo e implementara mecanismos como los de la seguridad social. En definitiva, se deja a la gente la posibilidad de trabajar si quieren y de no trabajar si no quieren. Existe sobre todo la posibilidad de no hacerlos trabajar si no hay interés en que lo hagan. Se les garantiza simplemente la posibilidad de existencia mínima en cierto umbral, y así podrá funcionar esa política neoliberal (Foucault, 2007c, 248).

Como veremos, este es uno de los pasajes que supuestamente habilita que Foucault donde, sin embargo, si bien Foucault señala cómo esa nueva forma de gubernamentalidad se mueve acorde a esa lógica securitaria mucho más permisiva que la disciplinaria en tanto que es animada por su carácter regulador, de nuevo, ese es el problema y el diagnóstico a efectuar. Es decir, se trata de una forma de gubernamentalidad, una estrategia que sitúa la regulación de entrada y salida en el mercado laboral en términos situados y oscilatorios.

Ahora bien, un proyecto semejante no es otra cosa que la radicalización de los temas generales acerca de los cuales les hablé con referencia al ordoliberalismo, cuando los ordoliberales alemanes explicaban que el objetivo principal de una política social no era, por cierto, hacerse cargo de todos los riesgos que pudiesen afectar a la masa global de la población, y agregaban que una verdadera política social debía ser tal que, sin tocar en absoluto el juego económico y, por consiguiente, dejando que la sociedad se desarrollara como una sociedad de empresa, se estableciera una serie de mecanismos de intervención para asistir a quienes lo necesitaran en el momento , y sólo en el momento que lo necesitaran (Foucault, 2007c, 248).

Esas reflexiones modifican por completo la pendiente que había animado el papel de las instituciones y el Estado desde el siglo XIX en términos de “defender a la sociedad” de los peligros que la amenazan, de controlar la natalidad, la sexualidad y la higiene por “miedo a la degeneración”. Las cajas, los seguros y todos los mecanismos que se habían desarrollado en el seno de la sociedad bismarkiana retrocederían ahora en vistas a que cada cual sea quien se provea su propia “seguridad”. Por tanto, en línea con estas políticas vemos cómo la gubernamentalidad securitaria que había animado el liberalismo se transforma en tanto que hace pasar esa seguridad del lado de una economía de servicios que entran en el seno de las dinámicas de mercado desocupando el papel que habían jugado en el marco del estado. Lejos de toda celebración por el fin de las disciplinas, lo que está en juego es, en todo caso, una mutación de esa regulación biopolítica. Recordemos que, para Foucault, la cuestión del “hacer vivir” se analizaba conjuntamente con los modos de “dejar morir” que vehiculan esa lógica biopolítica. Como señalaba en la conferencia donde recogía algunos de los recorridos efectuados en esos cursos “La tecnología política



de los individuos” (Foucault, 2001d, 1632), la paradoja de los Estados modernos, repetida en el marco del Welfare State es que éstos se constituían en el mismo modo que una racionalidad política que instaba a la población a “sacrificarse” por el Estado mandándolos a la guerra. La cuestión es ver qué pasa con ese “pacto de seguridad” que caracterizaba la racionalidad moderna en el momento en que la exposición a esos riesgos se configura ahora en base a unas lógicas regulatorias dictadas por el mercado y no por el Estado. No solo en términos de quién puede proveerse esa “seguridad” ante el riesgo (en términos de formación tanto como en términos médicos) sino que la problemática de cómo y en base a qué el Estado decidía qué se cubre y qué no se desplaza ahora a un espacio mercantil donde será el mercado el que determine... qué se estudia y qué no; qué enfermedades cubren los seguros y cuáles no; qué tratamientos médicos son rentables y cuáles no. Se abre aquí, pues, un desplazamiento notable de la cuestión biopolítica. Un fragmento de la entrevista en torno a la cuestión de la seguridad social (“Un système fini face à une demande infinie”), citada a menudo como muestra de las críticas de Foucault al Estado del bienestar (Dean, en Zamora y Behrent, 2016) apunta, bien al contrario, a señalar que es justamente esa “racionalidad silenciada” la que hay que confrontar. Si hasta ahora las estrategias biopolíticas eran “soportadas” en base al “pacto de seguridad” establecido con los Estados ¿qué sucederá ahora que ese “pacto” se rompe al desplazar al mercado los criterios de decisión?:

Un appareil fait pour assurer la sécurité des gens dans le domaine de la santé a donc atteint un point de son développement où il va falloir décider que telle maladie, que tel type de souffrance ne bénéficieront plus d'aucune couverture - un point où la vie même, dans certains cas, ne relèvera plus d'aucune protection. Cela pose un problème politique et moral qui s'apparente un peu, toute proportion gardée, à la question de savoir de quel droit un État peut demander à un individu d'aller se faire tuer à la guerre. Cette question-là, sans avoir rien perdu de son acuité, a été parfaitement intégrée dans la conscience des gens à travers de longs développements historiques, de sorte que des soldats ont effectivement accepté de se faire tuer donc, de placer leur vie hors protection. La question qui surgit à présent est de savoir comment les gens vont accepter d'être exposés à certains risques sans conserver le bénéfice d'une couverture par l'État-providence (Foucault, 2001d, 1197).



Si el Estado del Bienestar en su ejercicio tenía como efecto cierta relación de tutelaje que fomentaba relaciones de dependencia que era plausible cuestionar, esas formas de racionalidad neoliberal analizadas generarán otros efectos políticos cuya crítica es necesario efectuar. Por lo pronto señalar la “inmoralidad” (aquí Foucault alude a ese carácter) de que esos sistemas oscilatorios, de frecuencia o de costes sean, *per se*, el criterio que decida entre aquellas enfermedades que van a ser sufragadas y las que no. Como señala Foucault en esa misma entrevista (2001d, 1193) : “ Tout rapport de pouvoir n'est pas mauvais en lui-même, mais c'est un fait qui comporte toujours des périls”.

Por último, como señalábamos, Foucault analizará el neoliberalismo americano señalando que, sin embargo, éste constituye una suerte de paso “más allá” en tanto que habilita y configura una “forma de ser y pensar”, un “estilo general de pensamiento, análisis e imaginación”, una “relación entre gobernantes y gobernados” mucho más que una técnica de los primeros destinada a los segundos (Foucault, 2007c, 253). Para ilustrar esa transformación Foucault tomará como marco de referencia la *teoría del capital humano* de Becker en tanto que el modo en que éste concibe los procesos económicos permitirá reformular los análisis de la teoría económica clásica. En primer lugar, esa teoría va a considerar la economía no como el análisis de un proceso sino como el análisis de una *actividad* ejercida por todos los individuos bajo esquemas racionales. La economía – dirá – debe ser “el estudio y análisis del modo de asignación de recursos escasos a fines que son antagónicos, o sea, fines alternativos que no pueden superponerse unos a otros” (Foucault, 2007c, 258). Por tanto, el trabajo podrá analizarse como una actividad más, como una conducta humana más. Ese desplazamiento permite analizar al trabajador no como un objeto (sea bajo la lógica de la oferta y la demanda, sea bajo el análisis de la fuerza de trabajo) sino como un “sujeto económico activo” (Foucault, 2007c, 261). A partir de esa reformulación, se postulará que la actividad laboral constituye, justamente, la posibilidad de transformar un capital en un ingreso. Un capital que, de modo diferencial, está en posesión de cada trabajador y que estará formado por “el conjunto de los factores físicos, psicológicos, que otorgan a alguien la capacidad de ganar tal o cual salario” (Foucault, 2007c, 262). Se trata de concebir esa actividad laboral a partir de la figura general del “empresario de sí” donde cada cual pondrá a juego su propio capital en el marco del mercado para obtener, a cambio, un rédito del mismo. Ese capital estará compuesto tanto por factores *genéticos* como *adquiridos* (la educación, las relaciones afectivas, la buena alimentación, etc.) Un argumento que anuda en torno a una racionalidad económica aspectos que, hasta ahora, requerían de una lógica biológica y antropológica para ser explicados:

Todos los problemas de [¿la herencia?], transmisión, educación, formación, desigualdad de niveles tratados desde un punto de vista único como elementos homogeneizables, ellos mismos reajustados a su [¿vez?], ya no en torno de una antropología, una ética o una política del trabajo, sino de una economía del capital. Y el individuo considerado como una empresa, esto es, como una inversión y un inversor [...]. Sus condiciones de vida son la renta de un capital. (Foucault, 2007c, 274, nota del manuscrito del curso).



Pero más allá de eso – y aquí arraiga a nuestro juicio gran parte de ese intervencionismo del que hablaba Foucault en relación a las políticas neoliberales- el capitalismo y su permanente necesidad de innovación va a concebirse a partir de ahora no en términos de sus propias dinámicas autónomas sino en términos de un permanente activismo que anime ese “capital humano”:

Y sobre la base de ese análisis teórico y ese análisis histórico se pueden poner de relieve los principios de una política de crecimiento que ya no se ajustará simplemente al problema de la inversión material del capital físico, por una parte, y del número de trabajadores, [por otra] y se tratará en cambio de una política de crecimiento centrada en una de las cosas que justamente Occidente puede modificar con mayor facilidad, a saber, el nivel y la forma de la inversión en el capital humano (Foucault, 2007c, 273).

En el momento en que es el mercado el que se constituye como criterio de “veridicción” de la “buena salud” de su dinamismo en base a su capacidad de innovación, la crítica de la economía política salta de lado: ya no se trata de limitar la acción gubernamental en el mercado concebido como un espacio de intercambio, se trata de medir desde ese buen estado de salud del mercado la utilidad o inutilidad de las políticas en función de conseguir o no generar ese dinamismo y esa innovación constante. El mercado como regulador, juez y crítico de la política: he aquí la inversión de términos efectuada por el neoliberalismo.

Y vemos dónde encaja aquí la referencia a aquellas “teorías penales norteamericanas” contemporáneas a las que Foucault hacía referencia al inicio de *Seguridad, Territorio, Población* como ejemplo de las sociedades de seguridad que se estarían conformando y que era necesario analizar. El crimen se entenderá, desde esta aproximación, en términos oscilatorios y situados de modo que la pregunta ya no pasa a ser cómo castigar o cómo rehabilitar sino qué margen de crimen es tolerable dadas las circunstancias y efectos que pueda generar una determinada acción criminal en un determinado momento y lugar. Foucault citará como ejemplo los análisis de Eatherly y Moore en relación a la droga en términos de “economía liberal”. Desde esa perspectiva se resolvía que lo más operativo es incidir sobre el precio de mercado tratando de generar que los precios sean muy elevados para los nuevos consumidores (de modo que sea disuasorio el acceso) y, en cambio, bajo para los habituales cuyo consumo sí arriesga a devenir en conducta criminal.

El crimen, ya no será definido – aquí Foucault toma a Stiegler- en términos sustantivos sino relativos, será aquella “acción” en que el individuo corre el riesgo de ser castigado. De modo que ya no hay una “antropología criminal”, cualquiera es criminal en el momento en que cometa una acción susceptible de ser castigada:

Esto quiere decir asimismo que el criminal, según esta perspectiva, no está marcado ni es interrogado en absoluto sobre la base de rasgos morales o antropológicos. El criminal es cualquier hijo de vecino. Es una persona cualquiera o, en fin, se lo trata como a cualquier otra persona que invierte en una acción, espera de ella una ganancia y acepta el riesgo de una pérdida. Desde ese punto de vista, el criminal no es otra cosa que esto y no debe ser otra cosa que esto. En ese sentido, se darán cuenta de que el sistema penal ya no tendrá que ocuparse de esa realidad desdoblada del crimen y el criminal. Se ocupará de una conducta, de una serie de conductas que producen acciones, y estas acciones, de las que los actores esperan una ganancia, son afectadas por un riesgo especial que no es el de la mera pérdida económica sino el riesgo penal e incluso el de esa misma pérdida



económica infligida por un sistema penal. El propio sistema penal, por lo tanto, no tendrá que enfrentarse con criminal (Foucault, 2007c, 293).

Por tanto, “borradura” de la antropología criminal en base a esa *responsive* (Foucault mantiene el término en inglés) de todo sujeto a esa economía de la conducta entendida en términos de ganancias y pérdidas:

En otras palabras, todas las distinciones antes establecidas, todas las distinciones que pudieron introducirse entre criminales natos, criminales ocasionales, perversos y no perversos, reincidentes, etc., no tienen ninguna importancia. Es preciso admitir que, de todas formas, por patológico, si se quiere, que sea el sujeto en determinado nivel y visto desde determinada perspectiva, hasta cierto punto, en cierta medida es *responsive* a los cambios en las ganancias y las pérdidas; vale decir que la acción penal debe ser una acción sobre el juego de las ganancias y las pérdidas posibles, una acción ambiental (Foucault, 2007c, 302).

A partir de ese desplazamiento Foucault señalará cómo esos análisis desplazan las antinomias entre el sujeto jurídico y el sujeto antropológico que Foucault no había dejado de señalar. En el momento en que el crimen es analizado en términos de costos, de un mercado del crimen que hay que “regular”, abandonamos de un plumazo tanto la lógica penal del acto criminal al que hay que asignar un castigo, como la lógica de un sujeto criminal al que hay que “corregir” o “rehabilitar”. Por tanto vemos cómo esos análisis habilitarían la posibilidad de abordar la cuestión de la delincuencia y la seguridad sorteando la antinomia entre el sujeto jurídico y el sujeto de las ciencias humanas que Foucault no había dejado de señalar. A partir de esas “técnicas penales” se trata de interpelar al sujeto no en términos de un “criminal” del que habrá que determinar su criminalidad en base a todo un conjunto de exámenes periciales psiquiátricos, sino de la posibilidad de calificar de “criminal” a cualquiera que asuma el riesgo de contravenir la ley y donde ésta actúa como un mecanismo disuasorio y regulador en sí mismo.

Abandono, por tanto, del “sueño” de los reformadores del siglo XVIII de acabar con el crimen y del panóptico como estrategia disuasoria. Ahora se trata de hacer el crimen en la lógica del costo que genera. Esto tiene como consecuencia que, en el momento en que se desvincula de esa antropología criminal -aquella que necesitaba indagar sobre el sujeto para explorar las “causas” de su criminalidad sirviéndose para ello de las ciencias humanas- se borra en provecho de una economía criminal mucho más general. Nos topamos aquí con uno de los núcleos fundamentales de esa forma de gubernamentalidad que, como habíamos visto, Foucault delineaba en las primeras clases de *Seguridad, Territorio, Población*, la cuestión del gobierno ambiental donde Foucault señala que se trata de “esa nueva tecnología ligada, creo, al neoliberalismo, que es la tecnología ambiental o la psicología ambiental en los Estados Unidos” (Foucault, 2007c, 302).

JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista “hay que inventarla”. p. 191-229.



Esos análisis en términos de *homo economicus* pueden leerse, pues, como indicábamos, como el correlato del “fin del hombre” diagnosticado en *Las palabras y las cosas*. Como vemos, esa “forma empresa” como marco de comprensión de las relaciones a la que se apuntaba desde el neoliberalismo toma una extensión considerable al pasar a formularse como el principio general desde el que puede analizarse cualquier actividad. Aquí Foucault postula otro desplazamiento importante en torno a lo que había sido su análisis en relación a los sistemas disciplinarios. En el marco de sus análisis en torno al *poder psiquiátrico* Foucault señalaba que una de sus funciones era que en el seno de esa relación asimétrica el sujeto “aceptase la realidad” (Foucault, 2007a, 222). A partir de los análisis de Becker, sin embargo, esa aceptación de la realidad se analizará como parte del modo en que el sujeto se desenvuelve en el medio, se trata de que su conducta “responda a esta cláusula: que su reacción no sea aleatoria con respecto a lo real”. De modo que “cualquier conducta que responda de manera sistemática a modificaciones en las variables del medio debe poder ser objeto de un análisis económico” (Foucault, 2007c, 308). Esa gubernamentalidad “de tipo ambiental” que define la gubernamentalidad biopolítica desplazaría sus estrategias y sus modos de acción en el cumplimiento de esos análisis no en términos absolutos – enfatiza Foucault- pero sí en términos de gubernamentalidad:

En otras palabras, el abordaje del sujeto como *homo economicus* no implica una asimilación antropológica de cualquier comportamiento a un comportamiento económico. Quiere decir, simplemente, que la grilla de inteligibilidad que va a proponerse sobre el comportamiento de un nuevo individuo es ésta. Y esto también significa que si el individuo va a llegar a ser gubernamentalizable, si se va a poder tener influjo sobre él, será en la medida y sólo en la medida en que es *homo economicus*. Vale decir que la superficie de contacto entre el individuo y el poder que se ejerce sobre él, y por consiguiente el principio de regulación del poder sobre el individuo, no va a ser otra cosa que esa especie de grilla del *homo economicus*. El *homo economicus* es la interfaz del gobierno y el individuo. Y esto no quiere decir en absoluto que todo individuo, todo sujeto, sea un hombre económico (Foucault, 2007c, 292).



Por tanto, cabe formular la pregunta de qué desplazamientos comporta el neoliberalismo en la relación entre seguridad y biopolítica en relación a ese desplazamiento del sujeto “antropológico”. Por un lado, como indicábamos, se desmarca de toda *hermenéutica del sujeto* en tanto que la pregunta por el sentido o motivo de las acciones dejaría de plantearse, sin embargo, esa forma de gubernamentalidad toma los análisis de las respuestas de los individuos en términos de población como predictivos de cualquier respuesta futura. Por otro lado, la necesidad de diferenciación de los unos respecto a los otros en ese juego económico de la competencia desplaza los mecanismos de homogenización para producir y alentar esa diferencia relativa. A partir de esa modificación podemos ver cómo el neoliberalismo delinea los puntos de fuga que permiten gobernar a la sociedad a

partir de una tecnología distinta a la disciplinaria, donde el juego de inclusión y exclusión no se efectúa a partir de todo un “costoso” mecanismo institucional, de clasificación y examen, sino en el propio juego de diferenciación de esos sujetos, en el modo en que responden de un modo u otro a las condiciones del medio económico en que actúan:

En el horizonte de ese análisis tenemos, por el contrario, la imagen, la idea o el tema-programa de una sociedad en la que haya una optimización de los sistemas de diferencia, en la que se deje el campo libre a los procesos oscilatorios, en la que se conceda tolerancia a los individuos y las prácticas minoritarias, en la que haya una acción no sobre los participantes del juego, sino sobre las reglas del juego, y, para terminar, en la que haya una intervención que no sea del tipo de la sujeción interna de los individuos sino de tipo ambiental (Foucault, 2007c, 303).

Vemos también, por qué, a partir de esos desplazamientos, las sociedades contemporáneas podían garantizarse como aquellas sociedades donde la “seguridad” está por encima de la “ley” en base a cómo modifican la relación entre el sistema jurídico y el sistema disciplinario que, para garantizar la seguridad, había desplegado la biopolítica liberal. Una de las notas del manuscrito del curso desarrolla ese desplazamiento. “En lo concerniente a la tecnología humana”, anota Foucault, de observa, por un lado:

[...] un retroceso masivo con respecto al sistema normativo disciplinario. El conjunto constituido por una economía de tipo capitalista e instituciones políticas ajustadas a la ley tenía por correlato una tecnología del comportamiento humano, una ‘gubernamentalidad’ individualizadora que entrañaba: la cuadrícula disciplinaria, la reglamentación indefinida, la subordinación/clasificación, la norma. [...] Tomada en su conjunto, la gubernamentalidad liberal era a la vez legalista y normalizadora, y la reglamentación disciplinaria era el intercambiador entre ambos aspectos (Foucault, 2007c, 305).

Esa disciplinarización, esa articulación entre regla, norma y disciplina comportaba, anota Foucault, problemas en torno a las técnicas desplegadas en esos espacios y la “incompatibilidad” entre ley y norma que no había dejado de señalar en análisis anteriores. El neoliberalismo, sin embargo, al transformar el modo de concebir el derecho y concebirlo como un agente regulador y favorecedor del juego económico, se desmarca de los problemas disciplinarios. Y, en consecuencia:

[...] si no se quiere salir de la ley y desvirtuar su verdadera función de regla de juego, la tecnología que será menester utilizar no es la disciplina-normalización, es la acción sobre el ambiente. Modificar la manera de repartir las cartas del juego, no la mentalidad de los jugadores (Foucault,



En esa misma nota al pie señalará cómo esa perspectiva es una “radicalización” de lo que había postulado el ordoliberalismo alemán:

Tenemos ahí una radicalización de lo que los ordoliberales alemanes ya habían definido a propósito de la acción gubernamental: dejar el juego económico lo más libre posible y hacer una *Gesellschaftspolitik*. Los liberales norteamericanos dicen: si se quiere mantener en el orden de la ley esa *Gesellschaftspolitik*, ésta debe considerar a cada uno como un jugador e intervenir únicamente sobre un ambiente en el cual él pueda jugar (Foucault, 2007c, 306).

Vemos, pues, cómo en ese fragmento que forma parte de las notas preparatorias del curso se establece un puente entre aquellas caracterizaciones generales en torno a la seguridad con que había empezado el curso anterior: aquellas con que caracterizaba aquello que había que pensar para dar cuenta de las sociedades contemporáneas que “se estaban formando”; aquellas que constituían un desplazamiento respecto a las formas disciplinarias; aquellas que desde una crítica al intervencionismo estatal desarrollaban modos de intervencionismo mucho más “sutiles” y difíciles de analizar. Si bien al inicio de *Seguridad, Territorio, Población* Foucault hacía énfasis en cómo todas esas tecnologías de gobierno se hibridan las unas con las otras y, por tanto, seguimos encontrando aspectos del ejercicio de la soberanía y de la disciplina en unas sociedades que, sin embargo, parecen dejarlas atrás, la relación entre neoliberalismo, biopolítica y seguridad permanece como una cuestión abierta.

Conclusiones

Hemos acompañado a lo largo de estas páginas la multitud de hilos que atraviesan las investigaciones desplegadas por Foucault a finales de los años setenta en el seno de sus cursos de *Seguridad, Territorio, Población* y *El nacimiento de la biopolítica*. Nuestro objetivo era, como indicábamos, favorecer una lectura de las estrategias de conjunto que, en los análisis concretos, acaban difuminándose.

En relación a la tríada entre seguridad, biopolítica y neoliberalismo el recorrido nos muestra más bien hasta qué punto se entrelazan hipótesis que abren más preguntas que cierran. La lógica securitaria se habilitaría, como hemos visto, en el seno del liberalismo para “radicalizarse” con el neoliberalismo. Por otro lado, la biopolítica, como caracterización general de la mutación gubernamental que caracteriza la modernidad desplegaba todo un conjunto de estrategias destinadas a intervenir sobre esos peligros o amenazas a partir de la regulación de la sexualidad, las estrategias de higiene pública etc. En el marco del

JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista “hay que inventarla”. p. 191-229.



liberalismo, la gestión del “individuo peligroso” se efectuaba a partir de una articulación – siempre problemática- entre la ley y las prácticas disciplinarias. El neoliberalismo parece dar respuesta a las antinomias entre libertad y seguridad generadas por el liberalismo a partir de intensificar una acción de gobierno que actúa sobre el medio, favoreciendo así determinadas conductas en detrimento de otras. Una gubernamentalidad ambiental que, manteniendo su lógica biopolítica, se desvincula de la pregunta antropológica. En su versión más extrema, en el neoliberalismo americano, veíamos cómo esa lógica se extiende al sujeto mismo constituyendo un modo de gobierno cuya premisa es la previsibilidad de las respuestas de los sujetos ante determinadas circunstancias de modo que, en términos de gobierno de la población, basta que la mayoría responda a un patrón previsible para establecer pautas de gubernamentalidad. Por otro lado, la ley también será concebida de otro modo desde la perspectiva neoliberal, pasando a concebirse como un elemento más en el seno de ese juego general de dinamismo animado por la competitividad de los agentes en el mercado. Como vemos, biopolítica y seguridad se articulan en el neoliberalismo de modo muy distinto al liberalismo a partir de ese doble “paso hacia afuera” del sujeto jurídico y el sujeto antropológico. Contemplados ahora a partir de una descomposición analítica de sus acciones y sus respuestas predecibles y cuantificables, esa fragmentación permitirá concebir determinadas acciones como un “resto” de fenómenos (disidentes, aleatorios...) será perfectamente tolerado mientras sea asimilable en términos de impacto en la totalidad de las relaciones. Paradójicamente, la homogenización de la lógica económica puesta a funcionar como una razón práctica permite modificar el modo de considerar todo un conjunto de fenómenos antes disímiles. De ahí que cuando Foucault efectúe la conceptualización de la gubernamentalidad a en los años ochenta la defina como la “estructuración del campo de acción”:

Gouverner, en ce sens, c'est structurer le champ d'action éventuel des autres. Le mode de relation propre au pouvoir ne serait donc pas à chercher du côté de la violence et de la lutte, ni du côté du contrat et du lien volontaire (qui ne peuvent en être tout au plus que des instruments) : mais du côté de ce mode d'action singulier - ni guerrier ni juridique - qui est le gouvernement (Foucault, 2001d, 1058).



A lo largo de nuestro recorrido hemos pretendido dar respuesta también a los argumentos esgrimidos por aquellos intérpretes que ven, en esos pasajes, una muestra de la simpatía de Foucault hacia el neoliberalismo. Para ello, los argumentos más o menos transversales que aparecen – más allá del énfasis afirmativo que unos y otros lectores despliegan- se agrupa en cuatro aspectos: el “antimarxismo” de Foucault y su apoyo a los “nuevos filósofos”, su antihumanismo y el modo en que establecería una valoración positiva del desplazamiento que el neoliberalismo efectuaría en torno a las tecnologías disciplinarias y su antropología, el carácter tolerante de esos mecanismos reguladores en

relación (por ejemplo, en relación al “impuesto negativo”) y sus críticas a las relaciones de dependencia que vehicularía el Estado del bienestar. Dando un paso atrás para acompañar el movimiento general que se traza en los mismos, hemos visto cómo cada uno de esos argumentos tiende a efectuar una suerte de deducción por contraposición. En base a todos aquellos aspectos que constituyen una crítica a las políticas de izquierdas se dejaría entrever su simpatía por todo un conjunto de postulados que le acercaría más a posturas liberales. Sin embargo, la ardua tarea de intentar “pensar de otro modo” ¿no tiene más bien como objetivo desbaratar el casillero de posiciones que se derivan del modo en que un problema es pensado y formulado? El empeño en encasillar esas elaboraciones en la grilla disponible y el divertido juego de etiquetas múltiples que tiene como resultado, no deja de apuntar - desde esa perspectiva- hacia que algo del orden de ese desplazamiento se habría producido. Es decir, los lectores intentarían hacerlo encajar en la misma grilla de análisis que esas investigaciones intentan desbaratar, de ahí su imposibilidad. ¿No es la apertura de ese tablero de posiciones -más que situar un nuevo cuadro más a la derecha, más al centro o más a la izquierda- lo que hay que afrontar? ¿No se trata de *problematizar* de otro modo nuestras condiciones de vida resituando los términos en que razonamos y luchamos políticamente? Vamos, pues, a dejar de lado tanto la exégesis que tiene por objetivo mostrar si Foucault era o no simpatizante de esas elaboraciones o la búsqueda de la etiqueta en que (¡por fin!) podría encajar para acompañar más bien las preguntas que se abrirían en esos desplazamientos.

En primer lugar, en relación a la cuestión de la “sociedad civil” frente al “Estado”. Por un lado, concebir la noción de “sociedad civil” como un efecto de esa tecnología de gobierno que la constituirá como objeto nos desafiaría a pensar qué es la política, más allá del pensamiento moderno, si hubiese que redefinirla como una actividad que ya no tendría por objeto ese gobierno de “sociedad civil” a través del Estado. Pero no para postular una suerte de “emancipación” de la “sociedad civil” del Estado, el desafío es abandonar esas dos categorías a la vez. En segundo lugar, la posibilidad de analizar de modo autónomo las relaciones de gobierno abre un campo de análisis en torno que el hecho de que “seamos conducidos” que, como hemos visto, conforma todo un conjunto de respuestas y combates por sí mismo y no como mera deriva de la lucha por la explotación económica. De ese modo se puede hacer inteligible cómo en determinados momentos de bonanza económica se desencadenan luchas políticas donde no puede decirse que la crisis económica estuviese en el centro. En tercer lugar, ese desplazamiento permite analizar los modos y las formas en que somos conducidos, en que nuestras conductas con gobernadas también a partir de modos de orientar nuestra acción a partir de una determinada “razón práctica”. Y eso no implica que los sujetos estén alienados o que sean víctimas de un “velo ideológico” implica atender a las consecuencias prácticas de una determinada racionalidad política en el modo que, desde ella, se conforman todo un conjunto de cursos de acción posibles. Desde ahí podrá analizarse el neoliberalismo no como una ideología sino, como veíamos, como un modo de “gobierno de sí y de los otros” donde ya no se trata de hacer funcionar



las viejas estructuras y tecnologías políticas heredadas del Estado soberano al servicio del gobierno de la sociedad civil. Se trata de un modo de gobierno que toma el dinamismo competitivo del mercado a la vez como objetivo político, como criterio de regulación de la política misma y como criterio de veridicción. En el momento en que la pregunta por la “utilidad” en términos de mercado se convierte en la grilla de análisis para dirimir el valor de los estudios universitarios, el momento en que una relación afectiva se calibra en términos de la “inversión” que requiere y se pondera con los “beneficios” obtenidos, se está aplicando sobre el campo del saber o sobre el campo afectivo una racionalidad práctica de la cual se derivarán consecuencias prácticas. En cuarto lugar, en el momento en que la izquierda diseña como estrategia transformadora la organización de un partido revolucionario que tendría por objetivo la “toma del Estado” presupone el carácter instrumental de unas instituciones que podrían redirigirse hacia otros objetivos. Sin embargo, atender al dominio autónomo que configuran las relaciones de gubernamentalidad comporta atender a su funcionamiento y sus efectos intrínsecos. De ahí que, contra el lugar común de que lo que se necesita es una teoría del Estado, Foucault señalase que quizás lo que se necesita es más bien una razón gubernamental, “una medida razonable y calculable de la extensión de las modalidades y los objetivos de la acción gubernamental” (Foucault, 2007c, 117). En ese sentido, anota Foucault “el socialismo no es la alternativa al liberalismo. No están en el mismo nivel, aun cuando haya niveles en que tropieza uno con otro, en que, juntos, la cosa no funcione. De allí su posibilidad de simbiosis desafortunada” (Foucault, 2007c, 120). Esa gubernamentalidad socialista, señala Foucault no se puede deducir de sus textos, “hay que inventarla” (Foucault, 2007c, 118).

No hay racionalidad gubernamental del socialismo. De hecho, el socialismo —y la historia lo ha demostrado— sólo puede llevarse a la práctica si se lo conecta con diversos tipos de gubernamentalidad. Gubernamentalidad liberal, y en ese momento el socialismo y sus formas de racionalidad cumplen el papel de contrapeso, correctivo, paliativo a sus peligros internos. Por otra parte, se puede [reprocharle, como hacen los liberales,] que él mismo es un peligro, pero en fin, el socialismo vivió, funcionó efectivamente - y tenemos ejemplos de ello- en gubernamentalidades liberales, dentro de ellas y conectado con ellas (Foucault, 2007c, 118)



Por tanto, la apuesta foucaultiana pasaría por emprender esa pregunta y poder llevarla hasta el final. ¿En base a qué principios, lógicas y estrategias podemos desplegar hoy una experimentación que franquee los límites de nuestras experiencias de vida en términos de una nueva relación de gubernamentalidad? ¿Cómo emprender esa pregunta? Varios espacios de respuesta parecen esbozarse en los últimos años: por un lado toda la reflexión en torno a los *commons* y lo común en que estaría en juego una redefinición del espacio político, la división público-privado o de la conceptualización de la sociedad civil (véase por ejemplo Bollier, 2016; Negri y Hardt, 2011 o Laval y Dardot, 2015) . Por otro,

desde las luchas y las prácticas feministas toda una reflexión en torno a los cuidados, la economía reproductiva y la redefinición de nuestras condiciones de vulnerabilidad (por ejemplo Tronto, 2013 o Butler, 2017). En tercer lugar, a partir de todo un conjunto de experiencias concretas que emergen de las prácticas de resistencia al neoliberalismo desarrolladas de modo intenso en América latina (Gago, 2015, 219, Gutiérrez, 2017, 18; Rivera, 2014, 26). ¿Cabe situar, pues, en esos aprendizajes y desplazamientos que parten de esas experiencias cruzadas la pregunta por los modos de goberarnos los unos a los otros y a nosotros mismos que habiliten unas formas de vida capaces de explorarse y experimentarse a sí mismas? En todo caso, tras casi treinta años de esa interpelación a la invención de nuevas formas de gubernamentalidad, parece que esa pregunta foucaultiana tiene hoy un campo de experimentación posible.



REFERÊNCIAS

- AUDIER, Serge «Foucault, la gauche et la politique», de José Luis Moreno Pestaña : critique politique des «foucaulâtres» Disponible en: http://www.lemonde.fr/livres/article/2011/02/10/foucault-la-gauche-et-la-politique-de-jose-luis-moreno-pestana_1477814_3260.html [consultado el 15 de junio de 2017]
- AUSTIN, John. **Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones**. Traducción de Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi. Barcelona: Paidós, 1990.
- BOLLIER, David. **Pensar desde los comunes**. Madrid: Traficantes de sueños, 2016.
- BUTLER, Judith. **Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea**. Barcelona: Paidós, 2017.
- DEAN, Mitchell. "Foucault must not be defended". *History and Theory*, 54,3), 2015.
- DEAN, Mitchell. Michel Foucault's 'Apology' for Neoliberalism. *Journal of Political Power*, 7,3, 2014.
- ELDEN, Stuart "Foucault and Neoliberalism – a few thoughts in response to the Zamora piece in Jacobin" Disponible en : <https://progressivegeographies.com/2014/12/17/foucault-and-neoliberalism-a-few-thoughts-in-response-to-the-zamora-piece-in-jacobin/> [consultado el 10 de junio de 2017]
- ERIBON, Didier. **Michel Foucault, 1926-1984**. Traducción de Thomas Kauf. Madrid: Anagrama, 2004.
- FOUCAULT, Michel. **Historia de la locura en la época clásica, 2 vols**. Traducción de Juan José Utrilla. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- FOUCAULT, Michel. **El Nacimiento de la clínica**. Traducción de Francisca Perujo. México D.F: Siglo Veintiuno, 2001a.
- FOUCAULT, Michel. **Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas**. Traducción de Elsa Cecilia Frost. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1968.
- FOUCAULT, Michel. **Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión**. Traducción de Aurelio Garzón del Camino. Madrid: Siglo Veintiuno, 2008.
- FOUCAULT, Michel. **Historia de la Sexualidad. Vol. 1: La Voluntad de saber**. Traducción de Ulises Guiñazú. Madrid: Siglo Veintiuno, 2006a.
- FOUCAULT, Michel. **La société punitive. Cours au Collège de France (1972-1973)**. Bernard E. Harcourt, François Ewald y Alessandro Fontana, eds. Paris: Seuil;Gallimard, 2013.
- FOUCAULT, Michel. **El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)**.
- JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista "hay que inventarla". p. 191-229.



Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: FCE, 2007a.

FOUCAULT, Michel. **Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France (1977-1978)**. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: FCE, 2006d.

FOUCAULT, Michel. **El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)**. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: FCE, 2007c.

FOUCAULT, Michel. **El gobierno de los vivos. Curso en el Collège de France (1979-1980)**. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: FCE, 2014a.

FOUCAULT, Michel. **Hermenéutica del sujeto. Curso del Collège de France (1981-1982)**. Traducción de Horacio Pons. Madrid: Akal, 2005.

FOUCAULT, Michel. **Obrar mal, decir la verdad. La función de la confesión en la justicia. Curso de Lovaina**. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Siglo XXI, 2014b.

FOUCAULT, Michel. **Dits et écrits I. 1954-1975**. Daniel Defert y François Ewald, eds. con la col. de Jacques Lagrange. Paris: Gallimard, 2001c.

FOUCAULT, Michel. **Dits et écrits II. 1976-1988**. Daniel Defert y François Ewald, eds. con la col. de Jacques Lagrange. Paris: Gallimard, 2001d.

GAGO, Verónica. **La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular**. Madrid: Traficantes de sueños, 2015.

GARCÍA, Alicia. **La gobernanza del miedo. Ideología de la seguridad y criminalización de la pobreza**. Barcelona: Proteus, 2013.

GARY S. Becker, François Ewald y Bernard E. Harcourt, "Becker on Ewald on Foucault on Becker American Neoliberalism and Michel Foucault's 1979 'Birth of Biopolitics' Lectures". **Coase-Sandor Institute for Law & Economics Working Paper**, 614, 2012.

GORDON, Colin. "Foucault, neoliberalism etc.", **Foucault News**, Disponible en: <https://foucaultnews.files.wordpress.com/2015/01/colin-gordon-2015.pdf> [consultado el 12 de junio de 2017]

GUTIÉRREZ Aguilar, Raquel. **Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas**. Madrid: Traficantes de sueños, 2017.

KELLY, Mark G. E. "Foucault and Neoliberalism Today", **Contrivers**, disponible en: <http://www.contrivers.org/articles/12/>[consultado el 12 de junio de 2017]

LAGASNERIE de, Geoffroy. **La dernière leçon de Michel Foucault : Sur le néolibéralisme, la théorie et la politique**. Paris: Fayard, 2012.

LAVAL, Christian y DARDOT, Pierre. **La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal**. Barcelona: Gedisa, 2013.

JORDANA, Ester. **La gubernamentalidad socialista "hay que inventarla"**. p. 191-229.



LAVAL, Christian y DARDOT, Pierre. **Común. Ensayo sobre la Revolución en el Siglo XXI**. Barcelona: Gedisa, 2015.

LEMKE, Thomas “The Birth of Bio-politics: Michel Foucault’s Lecture at the Collège de France on Neo-liberal Governmentality,” *Economy and Society* 30, 2, 2001.

LEONARDI, Emanuele “Cronache da un eterno presente” *Materiali Foucaultiani*, disponible en: <http://www.materialifoucaultiani.org/it/component/content/article/234-daniel-zamora-critiquer-foucault.html> [consultado el 12 de junio de 2017]

MACEY, David. *Las vidas de Michel Foucault*. Traducción de Carmen Martínez. Madrid: Cátedra, 1995.

Market Creed 1976-1979,” *Modern Intellectual History*, 6, 3, 2009.

MORENO, Jose Luís. *Foucault y la política*. Madrid: Tierra de nadie, 2011.

MORENO, Jose Luís. “Sur un compte rendu dans le monde » Disponible en : <https://blogs.mediapart.fr/jose-luis-moreno-pestana/blog/110211/sur-un-compte-rendu-dans-le-monde> [consultado el 15 de junio de 2017]

NEGRI, Antonio y HARTDT, Michael. *Commonwealth: El proyecto de una revolución del común*. Ediciones AKAL, 2011.

PAULSEN, Magnus « Foucault’s Flirt? Neoliberalism, the Left and the Welfare State; a Commentary on La dernière leçon de Michel Foucault and Critiquer Foucault”. *Foucault Studies*, 20, 2015.

RIVERA Cusicanqui Silvia. *Mito y desarrollo en Bolivia El giro colonial del gobierno del MAS*. La Paz: Piedra Rota, 2014.

TRONTO, Joan. *Caring Democracy: Markets, Equality, and Justice*. New York: New York University Press, 2013.

ZAMORA, Daniel y BEHRENT, Michael C, eds. [epub] *Foucault and Neoliberalism*. Cambridge: Polity Press, 2016.



© Autor, com identificação do direito de primeira publicação da Revista Kalagatos.



JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista “hay que inventarla”: biopolítica, seguridad y neoliberalismo. *Kalagatos*, Fortaleza, v. 14, n. 2, 2017, p. 191-229.

Recebido: junho de 2017.

Aprovado: agosto de 2017.

JORDANA, Ester. La gubernamentalidad socialista “hay que inventarla”. p. 191-229.